

2-2522

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía—Historia—Viajes—Geografía—Estadística—Crítica—Cuadros de
costumbres—Poesías—Variedades



Director: ISIDORO LAVERDE AMAYA

Tomo II—Noviembre de 1890 á Abril de 1891

(BOGOTÁ COLOMBIA)

Imprenta de "La Luz," Calle 13, número 100

APARTADO 160. TELÉFONO 220.

DEPARTMENT OF THE ARMY

OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL

WASHINGTON, D. C.

ADJUTANT GENERAL'S OFFICE

REPORT OF THE ADJUTANT GENERAL

FOR THE YEAR 1843

AND THE PROCEEDINGS OF THE BOARD OF ADJUTANTS

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Pedido 3/1/2000

LUISA

HISTORIA VULGAR

I

La historia que vamos á referir es una historia de primavera. Se desarrolló al calor de los bailes de carnaval, como al calor de los vientos del carnaval se desarrollan las flores de los jardines. Refiérese además á una muchacha muy joyen y muy linda; es una historia histórica, y ha ocurrido en este mismo año; razones por las cuales aparece con un tinte de fresca. era encantador. Perdónensele al que la escribe estos elogios de circunstancias.

La costumbre de juntar limosnas para los pobres á fuerza de divertir á los ricos, dio ocasión en estas últimas carnestolendas á que se recibiesen en casa del magistrado cuatro billetes para un piadoso baile de máscaras. A los magistrados no les gustan las máscaras, ó, por mejor decir, no deben gustarles; primero, por su sobriedad, y segundo, porque tienen el oficio de estarlas descubriendo todo el año; pero cuando se trata de ser benéficos, galantes y piadosos, nadie tiene tanta obligación de serlo como los magistrados. Así es que éste, del Tribunal supremo, á que aludimos, se consideró en el deber, aunque no iba á ninguna parte por las noches, de dar las gracias á las señoras ó caballeros remitentes, enviarles cuatro monedas de á dos duros y ofrecerles que concurriría con mucho gusto á la fiesta.

Lo que el magistrado no pudo entender es por qué se le mandaban cuatro billetes, siendo así que su familia se componía sólo de tres personas: marido, mujer y un chico de veinte años; pues aunque tenía también una muchacha que acababa de salir del colegio, á ésta no podía referirse en manera alguna el cuarto billete de máscaras.

—¡Qué lástima de dos duros! dijo el estudiante de leyes



cuando acababan de almorzar y de discurrir sobre la carta. ¿Por qué no le mandamos el billete á un amigo para que lo pague?

—¿Te parece decoroso, objetó el magistrado, que nos pongamos á revender billetes de beneficencia?

—Además, añadía la madre, que era joven y bella todavía: todos nuestros amigos habrán recibido billetes como nosotros. ¡Buenas son las señoras para olvidarse de nadie en estos casos!

—¿Y por qué no va la doncella de mamá, con lo cual nosotros estaríamos más libres?

—¡Jesús! dijo la madre. ¿Quién lleva á los criados á las máscaras? Nunca estaremos nosotros más libres que yendo los tres unidos.

—Las máscaras, hijo mío, añadió el magistrado, tienen algo de irregular, yá que no de pecaminoso: bueno es concurrir á ellas cuando uno va por su propio gusto ó por cumplir con un deber, como pasa ahora; pero no es conveniente estimular á nadie para que concorra.

—Siempre estoy oyendo lo mismo, insistió el mozalvete, que, como se ve, era adelantado y resuelto. Las máscaras son un *bu* con que asustan á los muchachos, y yo no tengo noticia de que nadie se haya perdido en ellas. Las personas decentes van con decoro, y las que no lo usan son arrojadas por la policía. Yo lo que veo es que todo el mundo va.

Hasta entonces, como también se ve, no habían tomado parte en la conversación más que tres personas. La cuarta, que se sentaba frente á su madre, era Luisa.

Luisa tenía catorce años y medio, acababa de salir del Sagrado Corazón de Jesús, y venía á su casa en primavera y por la primavera. Usaba aún esa ropa indefinible, que no es corta ni larga y que ni muestra ni oculta las extremidades. Su peinado era entre de moño y rizos, su atavío entre de educanda y señorita, su rostro entre de pastora y ángel, y sus maneras, no bien armónicas todavía, participaban algo del tono de ambos sexos. La falta de costumbre de tenerla consigo, había habituado á sus padres y hermano á prescindir de ella en sus conversaciones, y aun cuando no puede decirse que estaba de más, pues antes, al contrario, era el ídolo de todos, carecía de inicia-



tiva ó de personalidad propia entre los suyos. Luisa era la perla de la casa, pero no la habían engarzado.

Durante la discusión sobre el billete, la muchacha comía como que se llevaba á la boca los manjares, no sin experimentar algún atraganto al deglutirlos; y ella, que en la mesa del colegio hubiera llevado la voz cantante de la conversación, lo cual le proporcionó más de un castigo en ocasiones, callaba ahora como una tonta en la mesa de su familia.

La madre hubo de sorprenderla en uno de esos momentos, y la miró varias veces; después miró á su padre; el padre miró al hijo; madre y padre volvieron á mirarla otra vez.

Luisa bajó los ojos, hasta que por último el magistrado, dirigiéndose á su esposa, que no le preguntaba nada, contestó:

—Eso, lo que tú quieras.

La madre miró de nuevo á su hija; ésta miró por primera vez á su madre, y debieron mediar algunos guiños, pues que la muchacha se puso roja como una cereza. Hubo otro momento de silencio, al cabo del cual murmuró el hijo sin dirigirse á persona determinada:

—Se me figura que ya hay á quién adjudicarle el billete.

Padre y madre se sonrieron con ternura, y Luisa, que no podía ya sufrir aquella escena, se levantó dejando caer una cuchara al suelo é hizo lo que se llama la procesión del niño perdido. Cuando se vio sola describió unas cuantas piruetas en el aire; corrió á un rincón de la sala de costura y se dijo por tres veces consecutivas:

--Voy á ir á las máscaras; voy á ir á las máscaras; voy á ir á las máscaras.

Después voló á la cocina y se lo participó á la cocinera; en seguida se fue á la sala y se lo contó al criado, que limpiaba los muebles; luégo hizo como que tocaba unos platillos sobre la cabeza y se echó un rizo adelante y otro atrás; por último, se encerró en su cuarto, abrió la ventana, y no encontrando persona á quién referir su dicha, se la contó al viento.

II

Inútil nos parece hacer ver que ni la magistrada ni el magistrado podían concurrir al baile sin disfraz. Oponíanse á ello el decoro de sus años y el prestigio de su posición pública. Los

magistrados, como los príncipes, pueden ir á todas partes, pero de incógnito. Así es que desde que tuvieron noticia anticipada del convite, encargaron tres capuchones, pues aunque el muchacho hubiera querido presentarse en las máscaras con su cara descubierta, esto equivalía á denunciar á sus padres, de quienes nunca se separaba.

El primer tropiezo, pues, que se experimentó con la asistencia de Luisa, fue la falta de traje. Solicitar otro en alquiler parecía un abuso, y sobre todo, digámoslo en honor del sentimiento materno, la madre no quería que el primer traje largo que se pusiera su hija fuese de alquiler. ¿Quién otra lo habría llevado antes?

Se convino en que debajo del capuchón se pondría una falda de seda de su madre, que yá andaba un poco ajada, y que ésta como el cuerpo se arreglarían con frunces y jaretas. Después de discurrir mucho sobre otros pormenores, no faltaba yá más que el capuchón, es decir, todo. Luisa, con la lucidez propia de su edad, cascó los huevos sobre la mesa:

—Mamá, dijo loca de alegría, yá tenemos un capuchón bueno y de balde. La toga vieja de papá.

La idea era feliz, en efecto, y la toga fue descolgada, desempolvada y descuartizada en un santiamén. Si en vez de ser para mujer hubiera sido para hombre, la toga era casi un capuchón de máscaras; pero con poco arreglo se la convirtió de masculina en femenina. Cuando la viera el padre se iba á reír. Con el vestido sucedió una cosa muy particular. La madre y la doncella lo cogieron con hilvanes, mirando de vez en cuando el cuerpo de la muchacha, y al ponerlo de prueba resultó que estaba más corto que sus trajes ordinarios. Soltáronla después, burlándose de sí misma por la falta de ojo, y le arrasaba. Tuvieron, por consiguiente, que tomarle una medida formal, y vino á suceder que le hubiera servido el traje como era. La madre se asombró, porque hasta los padres confunden la pequeñez moral con la física, y toman el candor por falta de cuerpo. Luisa se encontraba en ese estado anfibio de las jóvenes, en que lo mismo sirven para niñas que para mujeres. La prueba del traje con motivo de la fiesta fue para la madre una revelación.

Mientras las doncellas sentaban las costuras, Luisa fue á

su cuarto y se encerró. Desde fuera hubiera podido oírse un abrir y cerrar de cajones extraordinarios, unos golpes de cepillo fuera de uso, y tal cual patadilla en el suelo como de rabia. Al cabo de una hora volvió al cuarto de la costura y todos se echaron á reír. Se había peinado de mujer, imitando uno de los tocados más estrepitosos de *La Moda Elegante Ilustrada*. Parecía un cabo de gastadores. Lo notable es que no necesitó postizo, gracias á la abundancia de su pelo natural; porque es de advertir que las mujeres cuando tienen pelo lo ocultan, y cuando no lo tienen lo cacarean. El de Luisa, que podía optar por esto último, fue castigado entre la doncella y su madre hasta un límite racional y honesto. La muchacha quedó preciosa, como quedan las muchachas cuando se disfrazan de mujer, ó como quedan las muchachas bonitas cuando se adornan de cualquiera manera. Peinada yá, rogó que la dejaran poner el vestido largo, no tanto por lá armonía de la cabeza con el cuerpo, cuanto por dar un susto á su padre cuando volviera á casa. Efectivamente, el magistrado, al entrar en su despacho y ver una señora con mantilla, que le esperaba, se apresuró á descubrirse diciendo:

—Señora, á los pies de usted.

Aquí empezaba la broma y la felicidad. La madre instó por que se sirviera la comida cuanto antes, con el fin de que luégo tuviesen apetito si por casualidad en el baile tomaban alguna cosa, como era de costumbre. Luisa, al escuchar aquella orden, murmuró:

—Pues qué, ¿ vamos á comer hoy ?

En la mesa no se habló sino de máscaras y de baile. La cuestión principal se reducía á la hora de la marcha. El padre opinaba por la una, el hijo por las doce, y la madre por las once y media. El carruaje fue citado para esta última hora por la madre, que en verdad no tenía opinión formada sobre el asunto.

Servíanse los magistrados de una berlina de tres asientos que alquilaban por meses, en la cual iba por las mañanas el padre al Tribunal, y por la tarde los tres de la familia á paseo. Desde que Luisa había vuelto de Chamartín, el cochecillo era insuficiente, pero no se podía estirar más, y produjo la emancipación del estudiante, que comenzaba á tener amigos. En

esta ocasión no era el asunto menos arduo el del transporte. ¿Cómo iban á componerse los cuatro, y los cuatro vestidos de capuchón de máscaras? Luisa desató el nudo en el momento.

—Yo me montaré en el pescante, dijo.

—¿Estás loca, muchacha? observó la madre, dirigiendo la vista hacia su atavío de mujer. ¿Te figuras que estás en la huerta del convento?

El padre, como siempre, dio la fórmula más natural y expedita. El coche haría dos viajes, primero con las señoras y después con los hombres, ó viceversa, y así se arreglaba todo, incluso el problema de no denunciarse al público entrando en el salón juntos á la vez. Luisa reclamó que las señoras fueran primero, el hijo que los hombres, y la madre que las mujeres, puesto que el padre lo había indicado así.

—Díme, mamá, exclamó Luisa poniéndose de codos sobre la mesa mientras tomaban el café, y ¿qué me hago yo desde ahora hasta las once y media?

—Acostarte, hija mía, dijo su padre razonablemente. Tú no estás hecha á pasar noches en blanco, y corres peligro de dormirte en el baile.

—¡Dormirme! ¿Estáis locos vosotros? Lo que queréis es que yo me duerma ahora para no llamarme á tiempo. A mí no se me engaña, caballeros: además, que no podría dormir.

—Pues entonces, procura entretenerte estudiando, manifestó la madre.

—Eso voy á hacer. Primero me visto y después estudio.

Luisa corrió á su cuarto, se puso el capuchón, se colocó la careta, miróse al espejo seis ú ocho veces, hizo por fingir la voz otras tantas en tonos diversos, y sentándose al pupitre tomó papel y escribió la carta siguiente:

“Al Sagrado Corazón de Jesús.—En Chamartín.

“Mi querida Rosalía:

“Dentro de dos horas, ó mejor dicho, dentro de hora y media, se va á decidir mi suerte. Voy á las máscaras. Pero no á unas máscaras cualesquiera, sino á las máscaras formales del Teatro Real. Llevo ropa larga, con su poquito de cola; voy peinada como la madre de aquella niña que nos gustaba tanto; me han hecho un magnífico capuchón de seda nuevo (aquí

la muchacha se detuvo como pesarosa de una mentira, y añadió para componerla), puesto que nunca ha servido para capuchón.

“¡Pobre Rosalía! Tú dormirás á estas horas tranquilamente en esa cama, mientras yo soy feliz y me dispongo á divertirme tánto. Descuida, que te lo contaré todo. Yá sabes que nunca he tenido secretos para ti, y que siempre has estado informada de las más grandes cosas de mi vida. Creo que vamos á cenar en el baile. ¡ Calcúla tú, cenar á las tres ó las cuatro de la mañana, casi al mismo tiempo que tú estarás tomando el chocolate con la buena madre. Dale memorias mías; ó no, que te pedirá la carta y sabrá que voy á las máscaras, lo cual no me parece bien.

“Adiós, Rosalía de mi corazón. ¡ Qué pena tengo de ser tan dichosa, mientras tú eres tan desgraciada!

“ LUISA.

“ Franca de porte.”

Concluído el estudio, la muchacha comenzó á pasearse por su cuarto; fue después al comedor y quiso ver si podía adelantar la péndola; pensó que los cocheros eran unos haraganes y que nunca llegaban á la hora que se les decía; temió que alguno de los suyos se pusiera enfermo y lo descompusiera todo; rezó, meditó, se impacientó, lloró, se burló de sí misma, cantó; y por último, un estremecimiento nervioso se apoderó de su sér al sentir cierto ruido en el portal. Era la berlina que entraba. Luisa voló al lado de su madre, la hizo vestir por fuerza, desdeñó las observaciones de su hermano sobre la premura de la hora, rogó al padre que no se opusieran á que salieran pronto, por si la fila de los carruajes era larga; en suma, á saltos y brincos bajó la escalera, se metió en el coche sin dar la preferencia á su madre, encargó al cochero que arriara, y diez minutos antes de las doce hacía su entrada triunfal en el salón del baile.

El salón estaba vacío.

III

Yerran lastimosamente los que se figuren que se experimenta decepción al penetrar en una sala de baile cuando está vacía. La sala del Teatro Real, dispuesta para máscaras, es un espectáculo por sí sola. Aquella gran planicie que abarca por

completo el óvalo del edificio ; aquella altura nunca contemplada de pie sobre un suelo sin declive ; aquella profusión de luces que hacen sonreír el blanco y oro de los adornos sobre las paredes encarnadas ; aquella tribuna de la orquesta donde un ciento de profesores con frac y corbata blanca esperan la llegada del primer concurrente para atacar la sinfonía ; tanta grandeza y tanto lujo en expectativa de entregarse por entero á los que acudan á contemplarlos y asumírselos, son más que suficientes para sobrecoger el ánimo con delicia infinita y para subyugar la imaginación por extensas que fuesen sus previas ilusiones. Cuantos menos pies pisen, se toca á más alfombra ; cuantos menos ojos miren, se toca á más luz ; cuantos oídos menos escuchen, se toca á más música. Los que no han asistido al comienzo de un baile (y pocos son estos afortunados) ignoran de la misa la media con respecto á goces del carnaval.

Luisa disfrutaba de todo aquel espectáculo en absoluto, y tales debieron ser su sorpresa y su encanto, que se volvió á su madre para decirla :

—¿ Lo ves, mamá, cómo si nos tardamos no podemos disfrutar nada de esto ?

La madre calló, porque tenía en la punta de la lengua una observación semejante, aunque en sentido contrario.

Bien pronto el salón se vio poblado de máscaras. Las máscaras son como los torrentes, que en pocos minutos se desbordan ; y, como los torrentes, también comienzan á deslizarse mansas para sorprender de improviso con su furioso estruendo. Cuando las criaturas se ponen la careta, se cubren con ella todos los sentidos corporales, y como en el uso de los sentidos corporales es donde residen la continencia y el recato, una reunión de máscaras es por lo menos una jaula de locos. Luisa y su madre creyeron oportuno participar del principio de aquella locura sentándose en un banco. La madre decía así :

—Esperemos, hija mía, á que descargue esta nube, para que podamos ver con claridad. Entre tanto voy á decirte lo que debes hacer. Yo te he traído para que disfrutes de todo y lo conozcas todo. Si algún caballero te saca á bailar, me miras, y yá te diré yo si debes salir con él ó darle una disculpa. Si te piden el brazo para un paseo, obras del mismo modo, que yá sé yo, aun con caretas, quiénes son las personas dignas y quiénes

las de menos confianza. Si te dan bromas, alternas á ellas con resolución, aunque sin excesiva soltura: chiste por chiste, ingeniosidad por ingeniosidad, pero no insulto por insulto. A la menor acción ó frase algo descompuesta, te vuelves de espalda y allí me encontrarás. Tú has de ir sola, hija mía, pero está segura de que cuando te consideres más sola, tendrás al lado á tu madre.

La orquesta preludió los primeros compases de una polka-mazurka. El salón estaba lleno de alegría. Un joven, al parecer elegante, se acercó al grupo de nuestras mujeres y pidió la mano de Luisa para bailar. La madre hizo seña de que sí, y la joven por primera vez de su vida dio el brazo á un desconocido, y se perdió con él entre la muchedumbre de los alborotadores bailarines.

Las máscaras modernas se han echado á perder, entre otras cosas, porque no se baila. Cuando en los bailes se bailaba, unos de los concurrentes bailaban y otros no, siendo los primeros los que se divertían con mayor inocencia y embeleso. Pero desde que no se baila, todos tienen que hacerse los tontos ó los pícaros. Luisa, para quien eran imposibles estas dos últimas cosas, preguntó con candidez á su compañero:

—Y ¿por qué no se baila en los bailes?

—¡Qué quieres que te diga! ¡Porque no es la moda!

—Y entonces, ¿por qué se sale á bailar?

—¿Te parece poco, mascarita? Se sale á bailar para dar el brazo á una muchacha tan linda como tú, para pasearla delante de las gentes con envidia de todos, y para decirle *bella* como yo te lo estoy diciendo á ti.

Luisa no había escuchado jamás palabras semejantes. Yá desde que abandonó el banco en que estuvo sentada, experimentó algo como de quien se va con su familia; pero ahora, al oír aquellos conceptos que parecían la letra de aquella otra música que sonaba, casi experimentó susto, á la vez que indefinible encanto. A ella la habían llamado hermosa desde que nació, con esa inconveniencia de que suele abusarse respecto á las muchachas bonitas; mas nunca vibró en su oído la palabra *hermosa* con el donaire y la magia de esta vez.

—¿Por qué me llamas bella, preguntó al máscara, si no me has visto ni me conoces?

—Te llamo bella, mascarita, porque lo eres. La esbetez de tu cuerpo, la finura de tu talle, lo airoso de tu cabeza, lo delicado de tus manecitas, son facciones que revelan las de un ángel. No te empeñes en decirme que eres fea, porque no lo creeré. A las muchachas feas no se las trae á las máscaras tan pronto.

El aluvién de lisonjas que Luisa acababa de oír fue para ella nuevo motivo de arrobamiento. En su casa yá no las oía, ó, por mejor decir, oía todo lo contrario. Desde que volvió de Chamartín, su madre, su doncella y su modista estaban diciéndole á todas horas: á esta muchacha los vestidos han de caerle mal. Tápate esos brazos, muchacha, que parecen dos aspas de molino. Escónde los hombros, que no te salgan esos huesos.— Y otras cosas de este jáez.

La polka-mazurka rompió en aquel instante con toda la gracia de su candencioso compás. Luisa apretó su brazo al brazo de su pareja, y hubiera salido polkando; pero ningunas otras máscaras se movían. Aumentóse, sí, el ruido y el movimiento de la multitud que bullía á su rededor, como si todos los pies se rebelasen contra las prescripciones absurdas de la moda. La muchacha, pues, que era bailarina de primera clase en el colegio, comenzó á llevar el canto con la imaginación y el compás de la polka con los piececitos. Bailaba andando y cantaba riendo, como cantan y bailan las muchachas que no tienen música ni licencia para bailar. En el acto de hacer las mudanzas tiraba de su acompañante, cual si el empuje de las gentes la obligara á aquella cabriola descortés; pero en realidad era que daba una vuelta ó describía el círculo necesario para su obligada figura. Parábanse luégo recibiendo en firme los apretones de otras parejas, como se paran y los resisten los que descansan un momento para volver á salir. El golpe de la música decidía de este nuevo arranque, al cual estaba obligado su caballero sin presumirlo, y la polka seguía con el vértigo, la anhelación y febril entusiasmo de las más audaces bailarinas. Luisa polcó toda la tanda, sin descanso, sin tregua, y, lo que es peor, sin caridad del pobre joven, á quien zarandeaba. Su rostro estaba enrojecido como la amapola; su pecho anhelante, como de quien sube un monte; sus brazos se caían como al consumir un fatigoso esfuerzo, y yá buscaba maquinalmente reposo, cuando al

volver la vista sobre una banquetta, encontró á su madre que la recibía en sus brazos. El caballero hizo un saludo ceremonioso y se fue.

Luisa, colmada de emoción y de felicidad, se abalanzó á los hombros de su madre para decirle:

—Mamá, será ridículo bailar en los bailes; pero yo he bailado.

IV

Luisa hacía gran efecto, como ahora se dice, en el tal baile de máscaras. Apenas había descansado un instante, yá se presentó otro joven en demanda de un vals. La madre le hizo una seña para que se excusara. Un momento después se acercó otro caballero á pedirla para discurrir por el salón agarrada á su brazo. La madre le hizo seña de que sí.

—Me parece, mascarita, le dijo el nuevo galán, que no es hoy el primer día que te veo en el baile.

La joven, satisfecha de que la tuviesen por veterana, lo cual decía muy bien en favor de su porte, contestó, sin embargo, para no mentir:

—Es el primero á que asisto.

—Perdóna que me haya equivocado, pero te encuentro muy animada.

—Y ¿quién no se anima en un baile tan hermoso?

—Tienes razón, y más cuando se está tan divertida como tú lo estabas con ese joven . . .

—¡Pues qué! ¿Me has visto?

—Te seguía desde que entraste, preciosa máscara. Si ese señor no se hubiera adelantado, yo hubiera sido tu primera pareja. Estoy celoso de él.

Luisa se echó á reír, pero le gustó la especie de lucha que se entablaba entre los dos desconocidos. Después repuso:

—Haberme sacado antes.

—No tuve la fortuna de llegar á tiempo.

—Y ¿por qué no sacaste á la que estaba conmigo?

—¿Es bella como tú lo pareces?

—¿Como yo? ¡Qué disparate! Ella es hermosa como ninguna. Anda, sácala, si quieres, y después buscaremos á ese joven que ha bailado conmigo y formaremos dos parejas.

—Pues qué, ¿has bailado?

—Es decir, he hecho como que bailaba.

—¿Sabes bailar?

—¿Qué muchacha no sabe eso? En Chamartín está prohibido el baile, pero todas sabíamos bailar perfectamente. El año último dimos un baile de máscaras á media noche, sin que se enterara la directora ni nadie.

—¿Cómo así?

—Suponte que era carnaval, y no nos dejaban divertir porque venía la cuaresma. Nosotras nos juramentámos para armar la broma, y yá verás lo que hicimos. Primeramente guardámos de la cena carne y pan; después, al ir al dormitorio, hicimos como que nos desnudábamos, pero nos metimos en la cama casi vestidas. Habíamos puesto á peseta cada una, con lo cual juntámos diez duros, que dimos al portero del colegio para que trajera una música que tocara bailes pegadita á las tapias. Aquella noche tenían las madres maitines solemnes, é íbamos á estar solas bastante tiempo antes que ellas se recogieran. Cuando el órgano por un lado y las bandurrias por otro nos advirtieron que yá era hora, todas saltámos de la cama y principiámos á vestirnos. El plan era hacer dominoes con las sábanas y colchas; las de las sábanas serían mujeres y las de las colchas hombres. Con las gorras de dormir hicimos caretas, y con las fundas de las almohadas lazos y adornos para los trajes. A un golpe convenido salímos todas de entre nuestras cortinas, y créete que daba gusto vernos, porque parecía el salón de dormir, un verdadero baile de máscaras. Ninguna conocía á las otras, lo cual es la mayor diversión en estos lances, y comenzámos á bailar con la misma ilusión que si hubiéramos estado en la zarzuela con nuestras familias. Allí se bailaron mazurkas, rigodones, habaneras y valeses. En el descanso de la música sacámos el pan y la carne, haciendo con ellos emparedados, que comíamos con gran apetito; y una muchacha que tenía gracia para todo, echaba agua en un vaso, levantando mucho la botella para que hiciera espuma, como si fuese *champagne*. La última parte que tocó la charanga fue una galopa infernal, y para darle colorido pusimos cuatro palanganas en las cuatro esquinas del dormitorio, las llenámos de papeles y les prendimos fuego: eran las bengalas. En este momento en que más nos divertíamos, fue cuando volvieron las madres del coro. Calcúla

tú lo que se armaría allí. Todas corrimos á encerrarnos para ver cuál podía escaparse de ser descubierta; las buenas madres gritaban; las palanganas se partían con el fuego; los músicos tocaban como desesperados al pie de las rejas; y todo el colegio parecía una zahurda. Al día siguiente, que era de asueto y pensábamos ir al campo, nos quitaron la ropa, nos dejaron acostadas y nos pusieron á pan y agua.

El caballero acompañante estuvo oyendo con delicia aquella relación del primer sarao á que su incógnita pareja había asistido.

—¿Y desde entonces, le preguntó, no has vuelto á divertirte hasta ahora?

—¿Cómo, desde entonces? contestó ella. Aquello no era divertirse; era jugar. El primer día que me divierto es hoy.

—¿Quieres que te lleve al ambigú?

—No puedo ir contigo, aunque lo haría con mucho gusto.

—¿Irás con las gentes que te traen?

—No lo sé, pero sospecho que sí.

—Pues voy á llevarte con ellos, diciéndote de paso que si yo pudiera casarme, me casaría con una muchacha como tú.

Luisa se volvió loca con esta declaración súbita. En pocos momentos había conquistado un hombre, ó, por mejor decir, dos. Cuando estuvo al lado de su madre, que la esperaba con impaciencia, casi principió á decirle: “Mañana te piden mi mano.” Era la hora del intermedio.

Madre é hija partieron en busca de su padre y hermano, que tenían grandes cintas encarnadas en los capuchones para ser reconocidos entre la multitud. Hasta entonces habían cuidado de no verse para despistar á los amigos y poder darles bromas. Juntos ahora, y con menos preocupación por el incógnito, marcharon á apoderarse de una mesa del *buffet*. Allí se tomó caldo un poquito picante, ostras, filete de vaca con trufas, alcachofas rellenas, cangrejos con salsa y una torta de dulce. No faltó su correspondiente *champagne* en copas altas, ni faltaron los brindis, ni sus bromas con los de las mesas de al lado, ni sus exclamaciones y gritos de alegría. Luisa, no acostumbrada á beber, se animó al primer sorbo, y tentada estuvo de ponerse á bailar delante de la mesa. Sus padres rebosaban de contento.

Acabada la cena, volvieron á la sala á la hora que iba á cc-

menzarse el cotillón. El padre había dicho que atravesarían de paso la platea para dirigirse al guardarropa por los abrigos; pero este paso, que no había de ser huída, les permitió mezclarse con los grupos alegres que, sin máscaras yá y con las capuchas echadas á la espalda, partían al galope con la vehemencia del vals. Hasta en los bailes donde se baila, se corre ó patea el cotillón. Las luces del día principiaban á luchar con las de las lucernas y candelabros; el insomnio hacía su último esfuerzo por aparecer bullicioso y expresivo, la música sonaba como quien se abulta antes de reventar; los bastoneros acudían á contener la irrupción de bailarines con sus varas cuajadas de cintas; una luz eléctrica roja y penetrante, como si enseñara cuchillos en vez de rayos, obligaba á entornar los ojos más abiertos; las exclamaciones y los vítores ensordecían el aire; por último, Luisa, al sentir sobre sus hombros el abrigo que le echaba su madre, y la nubia con que la rodeaba el cuello, aun volvía sus miradas hacia el ruido, como si un imán fascinador la atrajese al punto de su más perfecta alegría y de sus más felices y embriagadoras ilusiones.

V

Al siguiente día, á las once en punto, se hallaban los magistrados dispuestos para almorzar. Se había dormido poco, pero era casa de orden. Sólo faltaba Luisa, á quien hubo que llamar por dos veces para que acudiera. Cuando se presentó á la puerta del comedor, los tres comensales se echaron á reír. La madre, tomándola de una mano, fue presentándola alternativamente á su hijo y á su esposo, diciendo:

—Tengo el gusto, Luisa de presentarte al joven que te requebraba anoche, y al caballero que estuvo á pique de casarse contigo.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

LAMARTINE

(CONCLUSIÓN)

La vida de Lamartine se nos presenta ahora por una nueva faz.

Muerta su madre, sin que le hubiese sido dado recoger de su boca el último suspiro; rechazado por los electores de

Bergnes, á quienes presentó su candidatura para diputado á la Cámara, y cambiado el Gobierno del país con la revolución de Julio de 1830, que puso á la rama de Orleans en el trono de los Borbones, el poeta quiso ir á mitigar su pena, á serenar su ánimo contrariado y á dejar al tiempo ofrecer nuevas soluciones de los acontecimientos políticos, en los lugares santos, adonde hacía mucho tiempo lo llamaban sus sentimientos cristianos. El iba al fin á visitar ese Oriente, del que se sentía tan instintivamente atraído por gustos y tendencias, que decía haber nacido oriental. Su visita á la Italia meridional, á Grecia, al Líbano y Palestina, fue más bien el paseo de un rey que la excursión de un viajero ó la peregrinación de un creyente. Se dio á la vela en Marsella el 1.º de Julio de 1832, en buque fletado por su cuenta para sólo él, su familia y varios amigos, que formaban una especie de corte á su rededor, y adondequiera que fue mostró el fausto de un potentado y recibió de griegos, turcos y moros los honores de gran señor. No únicamente deslumbró su esplendor sino su bellísima figura, sus aristocráticas maneras y su fecundo y armonioso verbo. Se presentó á sus hermanos de imaginación como sér excepcional, que ellos distinguían con el nombre del *Emir francés*.

Las gratas emociones que semejante viaje podía producirle fueron acibaradas por la desgracia de la muerte de su hija Julia, ocasionada en Beyrouth por una enfermedad del pecho, cuando sólo contaba diez y seis años. Este inesperado suceso lo obligó á acelerar su regreso á Francia. Tres años después publicó su *Viaje á Oriente*, en donde consignó las impresiones de su excursión. En esta obra se muestra más bien el hombre de imaginación que el atento y estudioso viajero. Contiene descripciones bellísimas, como la del Bósforo, y encantadores trozos que hacen honor al poeta, pero los errores geográficos son crasos, y el autor no deja enseñanza alguna al que lo lee, ni le comunica útiles observaciones. Tampoco en este libro puede encontrar guía segura el católico, porque Lamartine es más en él poeta que creyente, y porque yá para entonces su verdadero Dios era la naturaleza, como buen panteísta, y el fatalismo mahometano se había apoderado de él. A pesar de esto, siempre se muestra el poeta tierno y religioso.

A su vuelta de Oriente entró á la Cámara como diputado

por Bergnes, y desde entonces se consagró á la vida pública, en la que luchó durante veinte años, ya como representante de aquel círculo electoral, ya como el de Macon, ó ya en la elevada posición en que después lo veremos.

Desde el principio quiso estar en la Cámara alejado de los partidos; así fue que cuando al entrar por primera vez al recinto del palacio legislativo, se le preguntó en qué banda se sentaría, respondió: en el *cielo raso*, como para indicar que iba libre de compromisos y fuera del alcance de intereses momentáneos.

Su actitud con respecto á la monarquía de Julio fue al principio muy circunspecta. Apoyaba al Gobierno en lo que le parecía racional, pero nunca le dio su apoyo sino con restricciones. De legitimista que había sido en su juventud, se encontraba en 1834 sin ideas fijas en política. Amigo del Orden y de la Libertad, y abogado del pueblo, cuya suerte lo preocupaba, eran los dictados que se daba el que se había alejado de los Borbones y no estaba connaturalizado con los Orleans. Era liberal, por cuanto había preconizado desde 1831 su *Política racional*. La libertad de imprenta, la libertad de enseñanza, la separación de la Iglesia y del Estado, la abolición de la pena de muerte; pero no era resueltamente monarquista ni republicano, porque aceptaba un Gobierno parlamentario con rey ó presidente á su cabeza, indistintamente. Así, no encontrando su ideal político en ninguno de los grupos representados en la Cámara, quiso formar uno que se llamase el *Partido social*, entendiéndolo por tál uno que defendiese medidas benéficas para la mayoría de los ciudadanos y expidiese leyes protectoras de los obreros.

Durante su labor parlamentaria defendió estas ideas y habló con elocuencia y erudición sobre temas que al parecer debían estar excluidos de sus estudios favoritos y fuera del alcance de sus inclinaciones—como caminos de hierro, canales y otros referentes á cuestiones económicas.

A pesar de sus esfuerzos por favorecer la clase obrera, nunca fue socialista en el sentido que hoy se da á esta palabra, pues siempre defendió la familia y la propiedad, y aunque demócrata, no le cupo el calificativo de demagogo, porque para él el pueblo no tenía más derechos que ninguna otra clase de la sociedad.

Apartado de la oposición sistemática del Gobierno de Julio, porque era demasiado conservador para formar en las filas de ella, y no pudiendo adherirse de una manera incondicional al gobierno por la política poco liberal y sin rumbo que criticaba en éste, Lamartine apoyaba á los unos y los otros cuando lo estimaba necesario á los intereses de la nación. Su actitud patriótica y su elocuencia parlamentaria, que llegó á producir obras maestras, le crearon una popularidad que lo podía poner de un momento á otro al frente del gobierno de Francia.

Su renombre político y literario se acrecienta con la publicación de la *Historia de los Girondinos*, en 1847, que contribuye poderosamente á fomentar la revolución que estalla en Febrero del año siguiente contra el poder ejercido por Luis Felipe. Al buen nombre de la obra ayuda sobre todo la efervescencia de la época precursora de los grandes trastornos. Escrita en estilo grandilocuente, ennoblece ante el pueblo las figuras de los Girondinos, á quienes hace desfilar con auréola de gloria engrandecida por el martirio. A los locos y visionarios les adorna la cabeza de flores y les hace vestir túnica de profetas, y unge de aromas las manos y pies de los sanguinarios para borrar las manchas con que debían aparecer ante la posteridad. La *Historia de los Girondinos*, como la de *Rusia*, la de *Turquía* y las demás obras históricas de Lamartine, no se apoya en documentos auténticos ni se distingue por la severa crítica, que hoy se exigen en trabajos semejantes, y así sólo puede figurar como brillante declamación poética, que sirvió para enardecer los ánimos populares y precipitar la revolución de Febrero, que provocaron los opositores al Gobierno de la monarquía de Julio.

El pueblo de París, turbulento siempre, se levanta contra ésta, hace huír al Rey, pone al ejército en desorganización y no deja otro poder en pie que la Cámara instigadora del movimiento revolucionario. Lamartine es entonces llamado por el Cuerpo Legislativo, primero á organizar un Gobierno representado por la princesa de Orleans como Regente, cargo que rehusa, y luégo á formar parte del Gobierno provisional, cuyos miembros elige la misma Cámara, entre los que figura él en primera línea.

Entonces despliega un valor, una actividad y una elocuen-

cia que han quedado proverbiales. La poesía, el vigor y la convicción encarnan en sus discursos, que arrebatan del pueblo la bandera roja con que pretendía éste simbolizar la revolución, y la sustituyen por la tricolor. Cuando la multitud agrupada ante el *Hotel de Ville*, clama por enarbolar su insignia sanguinaria, el poeta repúblico pronuncia esta célebre frase, que la hace ceder de sus empeños: “La bandera roja ha dado apenas la vuelta al campo de Marte arrastrada en la sangre del pueblo en 91: la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo, en el nombre, la gloria y la libertad de la patria.”

Y como domina al pueblo un momento con su elocuente verbo, tranquiliza también y contiene á las naciones extranjeras, que temían de la revolución de Febrero de 1848, excesos semejantes á los que obligaron á las cortes europeas á coligarse contra la República de 92. La circular dirigida por Lamartine á los Gobiernos extranjeros como Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno provisional, es un documento diplomático que hace honor al político por su tino y sagacidad.

Pero la palabra sola no puede contener á las turbamultas frenéticas á quienes la sangre y el saqueo dan impulso avasallador. La lira adormece, pero no sacia ni contiene á los animales feroces. Por eso, vuelto el pueblo de la momentánea conmoción producida por la voz sonora y la gallarda apostura de Lamartine, continúa dando rienda á sus ímpetus socialistas, y hay necesidad, para contenerlo, de que la espada del General Cavaignac hable más á lo vivo á los energúmenos que yá no podían calmarse con discursos. La fuerza es más elocuente que la palabra, y el militar queda árbitro del campo que el orador no puede dominar con la razón. Cuatro meses duró el efímero pero fructuoso gobierno de Lamartine, quien olvidó que á los pueblos es preciso hacerles bien por la fuerza.

Aquí comienza á declinar su estrella de político. Convocada una Asamblea Constituyente para que diera estabilidad á la situación, confió al pueblo la elección del mandatario supremo de la Nación, y cuando una mayoría abrumadora llevaba á Luis Napoleón á la presidencia de la República, Lamartine apenas obtenía 16,000 votos. Algunos años después no pudo conseguir ser electo diputado, y el 2 de Diciembre de 1851, que inauguraba una nueva época para Francia, con el golpe

de Estado de Napoleón, hacía callar del todo á Lamartine y lo relegaba al olvido.

Así debía suceder. Los hombres que aspiran á figurar en la vida pública pagan muy caro el dejar escapar la oportunidad de imponerse, y las cualidades del hombre superior se ponen en relieve en las situaciones difíciles. El gran secreto está en aguardar pacientemente el momento oportuno, y en no dejar escapar éste cuando se presenta. Y así Lamartine, que tuvo visión profética en varias ocasiones, y á quien no faltaron ni valor personal, ni abnegación, ni gran talento, no fue verdadero hombre de Estado, porque no supo dominar la situación que se le presentó. Dio el impulso á un movimiento con su palabra y sus escritos, y cuando llegó el momento de obrar, vaciló y le faltó acción para complementar la obra. Llevó su utopía hasta creer que estaba en épocas del dominio del pensamiento, cuando la situación pedía la dictadura de la fuerza, y como ni por temperamento, ni por convicciones podía imponer ésta, era preciso que cediera el puesto al que los tiempos reclamaban.

Durante el largo período de su vida consagrado á la política, Lamartine no descuidó el cultivo de las letras. Fuera de la *Historia de los Girondinos*, de que hablamos yá, publicó en 1836 el *Jocelyn*, en 1838 *La Caída de un Angel*, y en 1839 *Los Recogimientos Poéticos*. Desde 1821 había concebido Lamartine la idea de escribir un poema filosófico con el título de *Visiones*. Debía ser, según su plan, la historia de la humanidad con su caída, sus miserias y fatigas, sus luchas y esperanzas. La política, su inconstancia y las tribulaciones de sus últimos años impidieron al poeta desarrollar su vasta é imponente concepción, de que *La Caída de un Angel* y *Jocelyn* no habían de ser sino fragmentos del gran poema espiritualista, que hubiera alcanzado á rivalizar felizmente *La leyenda de los Siglos*.

Jocelyn es la historia de un cura de aldea que, habiendo tenido necesidad de ocultarse durante la luctuosa época del terror, cuando apenas era seminarista, conoce en su retiro á un joven que llegó á ser para él objeto de entrañable cariño. Cuando descubre que su adorado compañero pertenece á un sexo distinto del suyo, se propone consagrarle su vida, pero las circunstancias lo obligaron después á separarse y á recibir las sagradas órdenes. En este tierno, hermoso y delicado poema, en que La-

martine puso mucho de sí mismo, se transparenta una censura al celibato de los sacerdotes, y por eso ha sido condenado por la Iglesia. Aparte de esto, el poeta ha querido pintar el sacrificio de un alma justa, que se consagra voluntariamente al sacrificio. El autor, que no concibió nunca más tipo que el de la belleza física y moral, ofrece en Jocelyn un corazón capaz de sentir todas las dulzuras, así las del hogar feliz al lado de un sér querido, como las religiosas que ofrece el sacerdocio á las almas que se santifican en el servicio de Dios; por una vida de santidad y resignación, Jocelyn llegó, pues, á sentir placer en el sacrificio, como lo había sentido en el amor. Pero las ideas de sacerdote tan santo no son por desgracia tan ortodoxas como debieran ser las de un ministro del Señor, porque la revolución había dejado en él algunas huellas. Jocelyn, que, como hemos dicho, era el abate Droumont, maestro de Lamartine, embellecido por la rica imaginación del poeta, pensaba que la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma eran dogmas suficientes para un sacerdote. Así se comprende que Roma no podía aceptar este tipo racionalista de sus ministros.

En *La Caída de un Angel* pinta la humanidad antes del diluvio. El quiso trazar el cuadro de un ángel, que, arrastrado por el amor humano, pierde sus prerrogativas celestes y se confunde con el hombre, en vicios y pasiones, en debilidades y en nobles instintos. Después de una larga peregrinación, el dolor lo purifica y lo hace reconquistar su primitivo sér. En este poema vemos al *Angel Caído* y en Jocelyn al sér que el dolor depura, pero para completar el cuadro faltó pintar al sér humano en las diversas faces que presenta, desde los tiempos primitivos hasta la época del sacrificio.

El poeta se muestra panteísta y poco creyente en los milagros, pero reconoce un Dios impersonal y la divinidad de Jesucristo. Obra muy criticada en su tiempo, *La Caída de un Angel*, ha sido después poema mejor estimado, al considerar la relación que guarda con Jocelyn y la grandiosidad de la idea que Lamartine se propuso desarrollar. Demasiado extenso, en largas y pesadas descripciones, pero ostentando siempre joyas primorosas como el de la *Floresta Virgen*, y el de *Cedar y Dálila en el Desierto*. En su conjunto la *Caída* y *Jocelyn* se consideran como poemas filosóficos de primera fuerza.

El mérito de *Los Recogimientos Poéticos*, último volumen de poesías de Lamartine, dista mucho del de las primeras *Meditaciones*. El poeta estaba en su edad madura, pero no por eso había más fuerza en la inspiración que lo solicitaba á los cuarenta y ocho años, que en las impresiones de su juventud. Las poesías contemplativas y elegíacas de *Los Recogimientos* no pueden tener la frescura ni el sentimiento de las primeras del amante de Elvira, y aunque en ellas se distinguen algunas notables, como *La Campana de la Aldea* y *La Golondrina*, es preciso reconocer que la mayor parte son monótonas y débiles.

Lamartine, consagrado en sus últimos años á trabajar para vivir, quiso impresionar al público con obras de novedad, y emprendió la tarea de atraerlo con la revelación de su vida íntima. Hijas de aquella necesidad fueron *Rafael* (1849), *Las Confidencias* (íd.) y *Las Nuevas Confidencias* (1851). Con estas obras, y con las notas que puso después á nuevas ediciones de sus poesías, describió el velo que ocultaba el misterio apenas traslucido en *El Lago*, *El Aislamiento*, *A Elvira* y otras composiciones de los años juveniles. Traduciendo á la prosa sus más sentidos é inspirados versos, y aclarando las suaves penumbras de ellos, les quitó una gran parte de su mérito, porque siempre tiene más atractivo la historia de amor en que el nombre se oculta y en que se deja al lector en sus dudas, vacilaciones y ansiedades sobre la naturaleza del sentimiento que se pinta.

Rafael es la historia de la pasión más viva que tuvo Lamartine. Allí no hay sino dos personajes, el poeta y su amada, unidos por afecto casto é íntimo. *Las Confidencias* y *Las Nuevas Confidencias* son también episodios amorosos mezclados con algunas noticias de sus padres, sus hermanos y recuerdos de infancia y de colegio. *Graziella* es la parte más notable de las primeras *Confidencias*. Lamartine escribía en prosa con la misma facilidad y espontaneidad que en verso, pero la melodía de aquélla, encantadora al principio, es empalagosa al fin. En *Rafael* y *Graziella* hay bellísimos trozos, pero el estilo y la composición de dichas obras deja al fin impresión de cansancio.

En las novelas y poemas de Lamartine siempre aparece él, y su tipo de mujer es uno mismo. El, hermoso, inteligente y arrobador; la mujer, tipo completo de belleza, locamente enamorada de tan acabado personaje.



Genoveva, El Picapedrero, Fior D'Alliza y Antoniella son poco más ó menos una misma cosa, es decir, la historia amorosa de siempre, contada en ese estilo que produce el efecto, como dice Sainte-Beuve, de inagotable flauta armoniosa.

Su *Curso familiar de Literatura* es más bien una serie de impresiones literarias que un concienzudo estudio crítico de obras y de autores.

Dos facultades sobresalieron en Lamartine, y á ellas debió sus grandes triunfos y también los defectos de sus obras y de su carácter. Su extraordinaria imaginación y su exquisita sensibilidad lo hicieron poeta eminente y sublime orador, pero establecieron en su organismo el desequilibrio natural entre sus otras facultades. El lo veía todo grande y hermoso, y de ahí el que, no pudiendo formarse idea exacta de las personas y de los objetos, no pudiese tampoco estimar el valor de las cosas. Su gran prodigalidad fue hija de aquellas dos facultades, que en sumo grado poseyó, y cuando por consecuencia de ella llegaron las deudas y las necesidades á mostrarle la realidad de la vida, entonces no supo mantenerse á la altura que reclamaban su posición y su dignidad, y recurrió á la caridad de la Nación. Por desgracia ésta no correspondió á los servicios que el poeta le había prestado y al lustre que le correspondía como madre de él, y en vez de cubrir con un manto de plata las debilidades del viejo repúblico cantor y del que en época solemne había sabido abatir la bandera roja, dejó su desnudez á la vista y á la caridad del mundo entero.

El tuvo, sin embargo, un momento de entereza, cuando rehusó los dos millones de francos que le ofreció el Emperador como auxilio, pero aceptó el que en forma de pensión le decretaron las Cámaras del Imperio, que no le satisfizo, pues, según él, era imposible pagar fr. 1.400,000 con 400,000 que le ofrecieron los legisladores de su patria.

La edad, las enfermedades y el pesar abatieron por completo su espíritu, que devolvió á Dios el 28 de Febrero de 1869, seis años después de la muerte de la virtuosa, inteligente y abnegada mujer que fue la providencia de su vejez y el consuelo de sus penalidades. Su último aliento lo recogió en París Mlle. Valentine, hija adoptiva y ángel tutelar del pobre anciano.



Así acabó la carrera del que á principios del siglo saludó á la humanidad interpretando sus sentimientos más íntimos en el lenguaje más delicado que hasta entonces había hecho estremecer los corazones. Sus más sentidas notas fueron las primeras que dejó oír al mundo, y esas son las que aun tienen eco en el corazón de los amantes, en el alma de la juventud y en todo espíritu tierno y sensible. Como en el arte tiene vida lo que asume carácter de universal, de la obra de Lamartine permanece en pie aquella parte que fue expresión sincera de lo más hondo y cordial del sér humano. De ella ha muerto lo que él pretendía hacer pasar por real y era artificioso, y lo imaginario de que él revestía sus ideales.

En el regazo de su madre aprendió á ser católico, pero el racionalismo y el panteísmo penetraron en una gran parte de sus escritos. Su excesivo culto á la naturaleza lo afeminó, debilitó las cuerdas de su lira y lo llevó á considerarla como el templo en que estaba diluído el espíritu de Dios. El Cristianismo, más que una convicción profunda, fue para él un sentimentalismo poético; pero el *Dios de su cuna*, á quien trató, á su modo, de rendir homenaje en sus escritos, y cuya infinita esencia él hizo admirar en sus poesías, oyó la súplica del cantor del Crucifijo y le concedió ser también *el Dios de su tumba*, como el poeta lo había pedido en este bellissimo y cristiano verso:

O Dieu de mon berceau, sois le Dieu de ma tombe!

JUAN A. ZULETA.

Marzo: 1891.

EL AISLAMIENTO

(LAMARTINE)

¡ Cuántas veces sentado en la alta cumbre,
Bajo la espesa sombra de una encina,
Del sol poniente á la expirante lumbre
Contemplo aún la escena vespertina !

Suena allá el río de aguas espumosas,
Gira, y se esconde en horizonte oscuro ;
Duerme acá el lago en ondas perezosas,
Y Héspero brilla en el azul más puro.

El astro oculto débil rayo lanza
Que alumbra apenas el hojoso monte,
La noche en tanto silenciosa avanza,
Sube, y su sombra cubre el horizonte.

Nada turba esta calma soberana ;
Sólo se oye en la torre del convento
La religiosa voz de la campana
Que al concierto final une su acento.

¡ Sublime cuadro ! ¿ Pero qué me importa,
Si gozo no hay en él ni encantos ciertos ?
¡ Ah, que el sol de los vivos no conforta
A las sombras errantes ni á los muertos !

De colina en colina en vano huyendo,
Del sur al setentrion, de oriente á ocaso,
Dilatada extensión voy recorriendo,
Y la dicha jamás me sale al paso.

Los bosques, vegas, sotos y heredades
Perdieron para mí todo su agrado ;
Rocas y selvas, vastas soledades,
Os falta un solo sér ; nada hay poblado !

Que el sol recorra su carrera inmensa ;
En su curso seguirle yo no quiero ;
Entre ó salga en región diáfana ó densa,
¿ Qué importa el sol ? Yo nada de él espero.

Y aunque seguir su luz me fuera dable,
Todo desierto y solitario viera ;
De cuanto alumbra nada es envidiable ;
Nada le pido á su radiante esfera.

¡ Oh, si llegar allá posible fuese,
Do en otros cielos brilla un sol divino ;
Si este mundo mortal dejar pudiese,
Vieran mis ojos lo que no imagino !

La fuente del amor sin duda hallara
Y mi alma allí su sed apagaría,
Y un bien interminable allí gozara,
Bien que en la tierra nombre no tendría.

¡ Que no pueda en el carro de la aurora
Ir á ti, de mis ansias vago objeto !

¿ Por qué en este destierro el alma llora ?

¿ Por qué mi sér al mundo está sujeto ?

La hoja de la rama desprendida
Rueda, y álzala el aire sin esfuerzo ;
Yo soy cual hoja seca yá y sin vida ;
Como á ella alzádme, tempestuoso cierzo !

JOSÉ CAICEDO ROJAS.

HISTORIA DE LA NUEVA GRANADA

(Continuación).

Con estas providencias conciliadoras principió á calmar el alarma que habían causado á los granadinos los serios temores que antes hubo de guerra con la Francia. Una desgracia ocurrió entonces, causada por la naturaleza, que acibaró la tranquilidad que se principiaba á gozar. El 20 de Enero desde la una de la mañana se sintieron en la ciudad y provincia de Pasto varios terremotos espantosos por más de cinco horas, los que se repitieron hasta por dos días, según los informes oficiales. Si éstos no exageran, casi no quedó edificio que no viniera á tierra, ó que fuera muy estropeado. Sacáronse de las ruinas cincuenta y un cadáveres, é igual número de personas lastimadas. Cayeron cinco conventos con sus iglesias y otras tres correspondientes al público; además, un colegio que era la esperanza para instruírse los habitantes de Pasto. Desde Almaguer, hacia el Sur, hasta Tulcán, no hubo iglesia alguna parroquial que no se arruinara, y muy pocos edificios de pareles sólidas quedaron en pie. La consternación fue general, y los desgraciados habitantes de Pasto sufrieron por muchos días los ardores de un sol abrasador, y por la noche un frío intenso, por las escarchas ó heladas, que aumentaban su miseria en aquellas frías alturas, y que agostaban las sementeras.

Hasta en Bogotá se sintió por el Norte un ligero movimiento de la tierra á las siete y media de la mañana. Por el Sur no pasó de Ibarra el terremoto; así es que se inclinaba más á extenderse hacia el Norte. En Popayán sufrió bastante el convento de San Francisco.

Según las averiguaciones que hizo el Gobernador de Pasto, el foco de este fenómeno terrible estaba en la cordillera Oriental, hacia las fuentes del Putumayo y del Caquetá (1). Hablóse al principio como que lo había producido un volcán llamado Patascoy, noticia que no resultó exacta. Los exploradores hallaron que á la derecha de la laguna de Sebondoy un pequeño cerro había arrojado mucha piedra y arena de su seno; que al rededor del páramo llamado Bordoncillo vieron aberturas largas y profundas; que casi la mitad de este páramo ó cerro se había derrumbado, así como otra loma bastante elevada que hay entre Sebondoy y Aguarico, cubriendo las ruinas de la cordillera un grande espacio de terreno y formando fangales inmensos; que estos mismos derrumbamientos detuvieron el curso del río Balsayaco, y la avenida que esta represa causara destruyó las casas y sementeras de los pueblos de Sebondoy, Santiago y Putumayo, situados á las márgenes del Putumayo; en el pueblo de Santiago se echaban menos como ochenta personas. Súpose también que en el mismo pueblo y en sus montañas adyacentes hubo fenómenos terribles, según la narración de su cura Fray Pedro León López: éste aseguró haber visto que la tierra hacía oleajes como el mar; que en uno de éstos se hundió su casa, y que estuvo en una concavidad de la tierra sin esperanza alguna de vida, pero que otro movimiento lo arrojó á la superficie: añadía que una selva antigua, en las cercanías de Santiago, que tenía poco más ó menos seis leguas cuadradas, había desaparecido, sin que se viera una sola copa ni raíz de los antiguos árboles, pues todos quedaron sepultados entre montones de piedra y arena que formaron como una playa.

No puede uno menos que llenarse de estupor al considerar la inmensidad de las fuerzas ocultas que la naturaleza ostentara en este terremoto. Extendióse por cerca de dos grados de Norte á Sur y de Oriente á Poniente, donde la gran cordillera de los Andes se eleva á la altura de las nieves perpetuas en varios de sus picos, que al mismo tiempo son volcanes en actividad. Mover más de setecientas leguas cuadradas de enormes rocas, sacudiéndolas, rompiéndolas en muchas partes y llenando el territorio de profundas grietas, son fuerzas verdaderamente sublimes, que no podemos explicar, y en que tene-

(1) Entre latitud Norte de 1° á 1° y 35'.

mos que referirnos con humildad á la Omnipotencia divina. Es muy singular que en tales circunstancias en que aparecía conmovido en aquel espacio todo el interior de nuestro globo, los volcanes activos de Pasto, á cuyo pie yace esta ciudad y Cumbal, así como los apagados del Azufral y Chules, situados en la misma provincia á pocas leguas de distancia, no hubieran dado la menor señal de vida, y que permanecieran tranquilos, á pesar de que en sus cercanías, ó más bien bajo su mole, estuvieran en tremenda ebullición las entrañas de la tierra.

Los pueblos granadinos, y acaso otros varios, atribuyen estos grandes movimientos acaecidos en lo interior de la tierra, á las secas y heladas que hay y hubo entonces en los altos valles de los Andes, en algunas temporadas, como en los meses de Diciembre, Enero y Febrero. Mas de ningún modo parece posible que estas variaciones atmosféricas puedan tener relaciones tan inmediatas con el interior del globo terráqueo, distante algunas leguas de la superficie, y causar efectos de tanta magnitud, como los que se han referido, en su fuerte, sólida y pesada costra.

Para aliviar las desgracias de tanto infeliz, el Poder Ejecutivo envió á Pasto tres mil pesos, y dispuso que en todas las provincias se abriera una suscripción voluntaria, que produjo buenos efectos. Estas providencias alentaron á los habitantes de Pasto, que habían pensado abandonar sus hogares para trasladarse á Túquerres, y emprendieron reedificar la ciudad. El cabildo se manifestó muy reconocido al Gobierno, y le dirigió las más solemnes protestas de su adhesión á la unión granadina.

Pocos meses después se sintió en las costas del Atlántico, especialmente en Santa Marta y Cartagena, otro terremoto que maltrató sobremanera á la primera ciudad, el 22 de Mayo á las tres de la mañana. Sus templos y casas sufrieron mucho y causó una consternación general, aunque sólo hubo unas pocas personas estropeadas. En Cartagena también sufrieron algunos edificios. La opinión más general fue entonces que el foco de este terremoto estaba en la Sierra Nevada, que desde el mar levanta á una grande altura sus picos nevados que yacen al poniente de Riohacha. Los cerros y colinas más bajas

de esta cordillera quedaron despedazados, cubriendo con sus ruinas largos espacios.

Este movimiento de la tierra no fue el último ocurrido en el presente año; el 8 de Junio á las cuatro y media de la mañana se sintieron otros sacudimientos no muy fuertes, aunque más generales, pues desde las costas del Atlántico llegaron hasta Popayán, sin causar daños sensibles.

Marzo, 1834.—Entre tanto abrió sus sesiones ordinarias el segundo Congreso Constitucional, lo que verificó el 2 de Marzo. En el mismo día presentó el Secretario del interior el mensaje constitucional del Presidente. Este decía sentir la mayor satisfacción al anunciar que en el tiempo transcurrido desde la última sesión legislativa, se habían hecho considerables progresos, y aunque lentos, confiaba por lo mismo en que serían duraderos. Manifestó que las relaciones exteriores se hallaban en buen estado, que la base de su conducta había sido respetar fielmente los tratados públicos y dispensar á todos los pueblos extranjeros justicia é igualdad. Dijo que sólo había dos cuestiones pendientes; la una con la Francia, sobre los insultos que se hicieron en Cartagena al Cónsul Barrot, cuyos acontecimientos se complicaron por la independencia del Poder Judicial, y la conducta irregular de algunas autoridades; pero que este desagradable negocio se hallaba en vía de terminarse satisfactoriamente á ambos pueblos, por medio de un Encargado de Negocios que había dirigido á París. La otra cuestión era con el Gobierno del Ecuador, por el modo con que había hecho la ratificación del tratado de Pasto, sobre cuyo negocio hablaría separadamente al Congreso. Participó igualmente haberse ajustado con el Gobierno de Venezuela un tratado de amistad, alianza, comercio, navegación y límites.

Tratando del estado interior del país, anunció que gozaba actualmente de tranquilidad, pues aunque hubo una conspiración de hombres perdidos, fueron descubiertos y castigados con arreglo á las leyes. Mencionó especialmente los progresos que hacía la Hacienda pública, que por el orden legal existente y un asiduo trabajo y severa economía, se presentaba cubriendo los gastos. El ingreso del año de 1833 había sido de 2.485,015 pesos $7\frac{1}{2}$ reales, presentando un aumento de \$ 202,628. El egreso ó los gastos en el mismo tiempo fueron

\$ 2.240,308, de cuya suma debían hacerse algunas deducciones, en virtud de las cuales quedaba reducido el verdadero gasto del año último á \$ 1.964,320. Añadía ser este un resultado muy lisonjero y hasta entonces desconocido en la Nueva Granada, el que se debía á las leyes que dictara la Convención, al decreto orgánico de hacienda, á las economías decretadas por el Congreso é imitadas por el Poder Ejecutivo, y al celo é inteligencia de muchos de los empleados en la dirección, recaudación y administración de las rentas públicas (1).

Otro ramo importante en que el Presidente Santander presentó pormenores fue la instrucción pública. Expresó que había 530 escuelas de primeras letras, de las cuales fueron establecidas en el curso del último año 152; que concurrían á ellas 15,169 niños y 1,841 niñas; que en las tres Universidades de Bogotá, Cartagena y Popayán, que estaban suficientemente dotadas, y en 18 colegios que había en las provincias, ya públicos, ya privados, cursaban en aquel año 1,700 alumnos. Era este un prospecto lisonjero de la instrucción de los granadinos, que ofrecía felices resultados para el sólido establecimiento de la República.

En los días siguientes los Secretarios de Estado, Pombo, del Interior y Relaciones Exteriores, Soto, de Hacienda, y Antonio Obando, de Guerra y Marina, presentaron sus respectivos informes al Congreso con mayores detalles, que apoyaban las opiniones emitidas por Santander. Dichos informes concurrían á probar que el país adelantaba, consolidándose la paz interior, el orden y el trabajo de las masas. Era esto debido en gran parte á la administración firme, económica y ordenada del Presidente y de sus Secretarios.

Por medio del de Relaciones Exteriores se recibió en 22 de Marzo una noticia placentera para los pueblos católicos de la Nueva Granada. Se supo con certeza que el Santísimo Padre Gregorio XVI había admitido el 21 de Septiembre último, en audiencia privada, al señor Ignacio Tejada, Encargado de Negocios del Gobierno Granadino cerca de su Santidad. Tejada, que era uno de los antiguos servidores de Colombia en Eu-

(1) Son curiosos los pormenores sobre la renta del tabaco. En el año último sus productos en bruto ascendieron á \$ 963,845. Se vendieron 28,000 quintales, cuyos principales y costos fueron de \$ 565,987; produjeron, pues, la utilidad líquida de \$ 397,858.

ropa, presentó en seguida al Sumo Pontífice una carta oficial que el General Santander le dirigía en su calidad de Presidente, y como á Padre universal de los fieles. Esta carta fue contestada muy afectuosamente en 3 de Octubre. Su Santidad ofreció remediar en cuanto estuviera de su parte, y atender á todas las necesidades de la Iglesia y de los fieles católicos de la Nueva Granada.

Aprovechándose el Congreso Granadino de estos paternales sentimientos del que presidía la Iglesia Católica, determinó elegir las personas que debían presentarse á Su Santidad para las Mitras vacantes. Escogió, pues, en 27 de Marzo al canónigo Doctoral y Provisor del obispado de Popayán, doctor Manuel José Mosquera, á fin de que el Gobierno de la Nueva Granada lo presentara á Su Santidad, según lo disponía la ley Colombiana de patronato, para el arzobispado de Santafé de Bogotá; para ser Obispo de Antioquia eligió al Obispo de Santa Marta, doctor José María Estévez; para titular de Cartagena, al Vicario Apostólico Obispo de Leuca, doctor Juan Fernández de Sotomayor; y al doctor Juan José Cabarcas Deán de Panamá para este Obispado. Poco tiempo después fue preconizado por Su Santidad Obispo de Calidonia, Fray José Antonio Chaves, destinado á las misiones de Casanare. El Congreso acordó igualmente que se pidiera á la silla apostólica la erección de un Obispado en la provincia de Pamplona, atendida su distancia de la capital de la República, donde residía el Arzobispo de la Diócesis, de quien dependían los distritos parroquiales de la mencionada provincia.

Otro grande beneficio que la silla apostólica hizo á la Nueva Granada, fue la reducción de días festivos, que tantos males causaban á los pueblos, así por la pérdida de tiempo como por los excesos que cometían en los mencionados días. Su Santidad, por un breve de 31 de Enero, redujo los días festivos á los domingos y á doce fiestas de las más solemnes que celebra la Iglesia Católica. Por el mismo breve redujo también los días de ayuno en las fiestas suprimidas; los trasladó á los viernes y sábados de adviento de Nuestro Señor Jesucristo.

Dicho breve se pasó al Congreso por el Ejecutivo á fin de obtener el pase correspondiente. Diolo por un decreto de 30 de Marzo de 1835. Entonces fue cuando se publicó en debida forma, y vino á ser ley de la República.

Las alteraciones que el mencionado breve introdujo en la antigua disciplina de la Iglesia de la Nueva Granada, causaron novedad en los pueblos. Hubo muchas personas que continuaron observando los primitivos días de fiesta y ayuno. Creían que no estaban seguros en conciencia, omitiendo oír misa y ayunar en ellos; esto á pesar de que el metropolitano de Bogotá y los demás Obispos habían apoyado y cumplido por su parte las disposiciones de la Santa Sede, que los autorizó para examinar y decidir si las preces en virtud de las cuales se habían concedido tales gracias, eran ó nó verdaderas y exactas. Mas poco á poco fueron cediendo y calmándose estos escrúpulos. Se vio claramente la importancia de la supresión de tantos días festivos, para aumentar el trabajo y por consiguiente la riqueza de los granadinos, muchos de los cuales se entregaban en los días de fiesta á la holganza, embriaguez y otros excesos.

Abril, 1834.—En Venezuela iban extendiéndose las ideas filosóficas en materias religiosas. El Congreso de este año había declarado en 27 de Febrero lo siguiente: “No está prohibida en la República la libertad de cultos.” Antes de la declaratoria vino á Caracas el Obispo de Barbada y de las Antillas de Sotavento, Mr. Guillermo Hart Colevidge, con el objeto de consagrar un cementerio para los protestantes. Verificólo con asistencia del Presidente de Venezuela, de los consejeros y de las principales autoridades. Bendijo también una capilla para sus correligionarios. Esta ha sido, según nos parece, la primera ceremonia pública de otro culto diferente del católico, que se ha practicado en Colombia; ella principia una época de tolerancia que sin duda tendrá vastos resultados. No estaba á la sazón en Caracas el Arzobispo doctor Méndez, quien, por su celo exaltado en favor del Catolicismo, acaso se habría opuesto vigorosamente á tales actos.

En la misma época un periódico del partido liberal trabajaba por difundir en la Nueva Granada iguales doctrinas. *El Cachaco*, que, según dijimos antes, atacaba con denuedo las antiguas prácticas religiosas y políticas, así como la reputación de los que eran contrarios á su partido, se atrajo por esto una tempestad que no pudieron conjurar sus redactores (1).

(1) En esta misma época otro periódico, *La Prensa*, que redactaba el señor Joaquín Acosta, le atrajo también fuertes ataques.

Ellos publicaron en los números 55 y 56 dos proyectos de decreto para que los adoptara el Congreso actual. Por el uno se concedía en la Nueva Granada la tolerancia de cultos; y por el otro se proponía la supresión de todos los conventos de regulares, y que sus bienes se aplicaran á la Hacienda Nacional. Tales proyectos aumentaron la irritación pública que había excitado *El Cachaco*, y se hicieron más acres las publicaciones por suponerse á Santander autor de algunos artículos insertos en él. Bajo este supuesto, el clero se concitó contra el Presidente por la publicación de los mencionados proyectos de decreto, y tuvo el Gobierno que enviar predicadores á varias parroquias de la provincia de Bogotá, á fin de que dijeran á los pueblos que ellos no emanaban del Poder Ejecutivo, sino que eran la opinión de particulares. Viendo algunas personas de influjo los malos efectos que producía *El Cachaco*, lo manifestaron á Santander, quien se convenció de los perjuicios que causaba á su administración este periódico. En consecuencia, usó de su influjo con los redactores, que se despidieron en el número 57, diciendo "que callaban porque los enemigos del Gobierno habían dicho que ellos también callarían si el *El Cachaco* guardaba silencio."

Ocurrió entonces un suceso que parecía insignificante, pero que debía tener excelentes resultados para la industria agrícola y la riqueza de la Nueva Granada. Tal fue la venta en Londres, en pública subasta, de sesenta zurrone de tabaco de Ambalema, enviados á Europa por cuenta del Gobierno Granadino, como un ensayo. Lo dirigieron muy bien los señores Powles, Illingworth, Wills y Compañía, por cuyo conducto se hizo la remisión. Se vendieron á tres y cuatro reales la libra, precio que pareció excelente, sobre todo porque en Londres no se hizo distinción de primera, segunda y tercera clases. Estas circunstancias dieron esperanzas de que el estanco de tabaco auxiliado por la exportación de una gran parte de las cosechas de las factorías granadinas, podría ser origen de una considerable renta. En consecuencia se dispuso la venta en almoneda pública de varias porciones de tabaco de Girón y de Ambalema, destinadas precisamente para los mercados extranjeros (1).

(1) Los pormenores de esta venta en Londres se detallan en el número 135 de *La Gaceta* de la Nueva Granada.

Mayo, 1834.—El Congreso granadino dio al mismo tiempo varias disposiciones con el objeto de fomentar las riquezas del país y de que tuviera artículos de exportación que pudieran competir con los de otras naciones en los mercados del mundo comercial. Suprimió, pues, el diezmo eclesiástico en las nuevas plantaciones que se hicieran de cacao, café y añil. Dispuso también que el Poder Ejecutivo pudiera distribuir á cada una de las nuevas poblaciones que se establecieran, hasta 12,000 fanegadas de tierras baldías (1), dando á cada familia 60. Eximió de pagar diezmo por veinte años á los nuevos pobladores, é igual disposición acordó en favor de los que cultivaran tierras baldías ó establecieran en ellas hatos de ganados. Estas providencias indicaban que los legisladores granadinos meditaban yá desde entonces modificar la renta de diezmos, como gravosa en extremo á la agricultura, que no deja prosperar, mientras que podía ser abolida enteramente.

Acordó el Congreso algunas otras leyes que merecen especial mención.

Por la de 8 de Mayo designó las armas y pabellón de la Nueva Granada. Dividió el escudo de armas en tres fajas horizontales. Hacía el primer papel en la superior una granada abierta adornada con varios frutos, y en la cima el gran condor que domina y reina despóticamente en las altas cordilleras de los Andes; en la del medio puso un gorro enastado en una lanza; y en la inferior el istmo de Panamá con un navío de velas desplegadas en ambos mares. Estos signos del escudo granadino carecen de belleza, tanto pintados como en las monedas, especialmente las dos fajas inferiores.

Los colores nacionales decretados por el Congreso fueron el rojo, azul y amarillo, distribuídos en el pabellón en tres divisiones verticales de igual magnitud. La más inmediata al asta, roja; la división central, azul; y la última, amarilla. Hasta entonces había usado la Nueva Granada de las armas y pabellón colombiano, que adquirió tantas glorias en la guerra de independencia. Por algún tiempo más se continuó usando el peso, ley y tipos de las monedas emitidas por Colombia. La misma ley prescribió que no se pusiera en los escritos y

[1] Todo el mundo sabe en la Nueva Granada que tierras baldías son las incultas que corresponden á la República.

sellos oficiales la anterior fórmula de "Colombia.—Estado de la Nueva Granada," sino "República de la Nueva Granada." Sancionóse, pues, definitivamente la disolución de aquella República y la formación de las tres, Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Todo el mundo se había familiarizado con esta idea; así es que no hizo ruido la citada ley. Generalmente los granadinos estaban contentos con la separación, aun los que habíamos sido de opinión contraria.

Entre la Nueva Granada y Venezuela estaba pendiente el tratado de 14 de Diciembre último sobre amistad, alianza, comercio, navegación y límites de ambas Repúblicas; esto era muy importante para el comercio mutuo de los dos países hermanos y que lindan por extensas fronteras. Así el Congreso granadino como el venezolano lo mutilaron negando varios artículos esenciales. Uno de éstos fue el que fijaba los lindes por la parte de los valles de Cúcuta, manteniendo á la Nueva Granada en su antigua posesión del territorio de la parroquia de San Faustino, á la derecha del río Táchira. Sugirió esta negativa la Diputación de Mérida. Por disputar un terreno de treinta y seis leguas cuadradas que incontestablemente correspondía á la Nueva Granada, Venezuela perdió la ocasión de ajustar un tratado muy ventajoso, lo que jamás se le volverá á presentar. En la península de la Goajira y en las márgenes á la izquierda del Orinoco se le habían hecho extensas concesiones. Al tiempo de firmar el tratado no se conocían bien los documentos que probaban los derechos claros y evidentes que tiene la Nueva Granada por el principio reconocido del *uti possidetis* del Gobierno español en 1810 á casi toda la península Goajira hasta la embocadura del caño Paijana y la línea del Orinoco hasta el Rionegro. Halláronse después los mencionados documentos en los archivos del Virreinato, los que pusieron en claro los derechos de la Nueva Granada, cuyo territorio debía extenderse desde la embocadura del caño Casiquiari, en el Guainía, é izquierda del Orinoco, hasta la confluencia del Meta con este caudaloso río, territorio inmenso y navegación muy valiosa (1).

(1) Hasta 1858 aun no se han podido arreglar las cuestiones de límites con Venezuela. Creemos que nunca se conseguirá un arreglo sino por transacción, cediéndose mutuamente algunos territorios.

Por otro acto legislativo intervino el Congreso en la cuestión internacional pendiente con el Ecuador, sobre el tratado de Pasto. El Ejecutivo Granadino había sabido que el Congreso ecuatoriano, en vez de aprobar dicho tratado, dijo solamente "que lo respetaría." Esta expresión inconstitucional, y desusada en el derecho público de las naciones, fue reclamada oficialmente. El Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador contestó que el tratado subsistía entera y completamente mientras que se ajustara otro. Nada satisfecho el Presidente Santander con tal respuesta, dio cuenta al Congreso. Este expidió un decreto que prescribía reglas al Ejecutivo sobre el modo de terminar el negocio, y lo autorizaba hasta para hacer la guerra, en caso que no se obtuviera la ratificación por medios pacíficos. Inmediatamente se hizo la reclamación oficial, y el Presidente, para activar el negocio, envió á Quito al Sargento Mayor Alfonso Acevedo. Como el Ecuador se hallaba entonces en guerra civil, la que impedía se reuniera un congreso legítimo, Acevedo obtuvo solamente promesas y buenas palabras para lo venidero. Los negocios ecuatorianos se complicaban más y más, y el Ejecutivo granadino tuvo que esperar largo tiempo para conseguir la aprobación y ratificación legal del tratado de Pasto. Dióse al fin en 15 de Diciembre de 1835, y hasta entonces no se concluyó este importante negocio.

Túvolo en cuenta el Congreso al decretar el pie de fuerza armada que debía existir en este año: fue de 3,230 hombres de tropa, distribuidos en cuatro batallones de infantería, tres escuadrones de caballería y batallón y medio de artillería; sin contar los cuadros del ejército permanente, destinados á la composición, arreglo y disciplina de la guardia nacional. En el caso de conmoción interior se podía elevar esta fuerza hasta 10,000 hombres, y por un peligro exterior hasta 20,000. La fuerza marítima no podía exceder en el Atlántico de tres goletas, tres pailebotes y tres flecheras; y en el Pacífico de una goleta y dos flecheras. Estas fuerzas, aunque pequeñas en sí, costaban á la República, con los demás establecimientos militares, la suma de \$ 1.272,447, que era harto gravosa á su pobre erario, pues ascendía á la mitad de sus ingresos.

JOSÉ MANUEL RESTREPO.

(Continuará).

EPITALAMIO DE JULIA

EN LAS BODAS DE MI SOBRINA JULIA DE HERRERA Y RICAURTE
CON EL SEÑOR D. D. RESTREPO

(9 de Abril de 1891).

Con níveas vestiduras vaporosas,
Y de mirto y de nardo coronadas,
Cantan del Funza ameno las hermosas
A las puertas de Julia congregadas:

“¡Himeneo, Himeneo!
Luciendo la guirnalda de azahares
Nunca vio tu deseo
Gracia cual la de Julia en tus altares!

Venus al Funza dio una perla un día,
Una perla brillante
Que aun á la nieve en el candor vencía,
Y en fulgor al diamante....

Ni nube de alborada,
Ni olor de primavera,
Sueño de amor ó de ventura, nada
Con su clara pureza compitiera.

De la rosa, á quien dio su cetro Flora,
¿A qué intentara disputar la palma?
Otra mayor aún tiene su alma:
De la virtud la palma triunfadora.

¡Himeneo, Himeneo!
Luciendo la guirnalda de azahares
Nunca vio tu deseo
Gracia cual la de Julia en tus altares!

Y Amor, el mismo Amor nos la ha robado!
Y á ti el Amor te da la perla pura,
Mancebo afortunado
Que no soñaste acaso tal ventura!

!Lléga á el altar! ¿Tu Julia no te engríe?
Contémpla sus encantos! Lléga y mira
Cómo su rostro angelical sonrío,
Cómo su pecho cándido suspira!

Bébe en la copa del Amor, y cánta
De Himeneo la gloria!
Oficia en sus altares, y levánta
Un himno á tu victoria!

¡Himeneo, Himeneo!
Luciendo la guirnalda de azahares
Nunca vio tu deseo
Gracia cual la de Julia en tus altares!

De linaje de héroes vino al mundo;
De Laras y Ricaurtes sangre encierra;
¡Que árbol vivaz mañana dé fecundo
Fruto de semidioses á la tierra!

Que la virtud y el bien y la fortuna
Que amable hacen la vida,
Como ampararon con amor su cuna
Sean del nuevo hogar feliz egida!

Mancebo afortunado, lléga y cánta
De Himeneo la gloria!
Oficia en sus altares, y levánta
Un himno á tu victoria!"

JULIO CALCAÑO.

CRONICAS LITERARIAS

LOS PRESTAMOS DE ESPAÑA A FRANCIA

(Del diario español *La Epoca*).

Un escritor francés de talento y renombre, que acaba de consolidar uno y otro con un libro reciente, *Thais*, curioso por extremo y que recuerda en algún modo el procedimiento literario de Flaubert en *La tentación de San Antonio*, Anatole France, que es el escritor de que se trata, ha publicado en *Le Temps* un artículo muy interesante sobre el *plagio*.

El tema es siempre de actualidad en París como en Madrid, y, sin que ocurran controversias como la suscitada por *L'Obstacle* de Daudet, tiene en sí propio virtud suficiente para atraer la atención de los escritores y del público.

Pero, en el caso presente, lo que sobre ello ha publicado

Anatole France ofrece particular interés para los lectores de nuestro país; ¡como que se trata de los arreglos, como ahora se dice aquí, ó los *emprunts*, como más propiamente dicen los franceses, que grandes autores de aquel país hicieron en otros tiempos de obras de autores españoles!

Ha de ser tanto más oportuno sacar á plaza estas investigaciones, cuanto que, andando tan de capa caída como anda nuestro teatro nacional, y siendo, como son, tan frecuentes los *préstamos* que nos hace el teatro francés, puede servirnos de consuelo recordar aquella época en que era nuestra dramática tan rica que, después de abastecer á colmo la escena patria, aun suministraba abundante alimento literario á las escenas de otras naciones.

Los recientes descubrimientos de Anatole France se refieren nada menos á la mejor obra del mejor autor cómico de Francia, al *Tartuffe*, de Molière.

Yá sabíamos por acá, y no de ahora, que la comedia del mismo autor, *Le médecin malgré lui*, es imitación de otra de nuestro teatro antiguo titulada *El médico á Palos*; título que conservó Moratín al arreglar al español la de Molière. No ignorábamos tampoco que *Le festin de pierre*, del mismo, procede directamente de *El Burlador de Sevilla*, de Tirso, y que *La Princese Elide* no es, ni más ni menos, que *El desdén con el desdén*, de Moreto.

Igualmente teníamos noticia de que *Le Cid* y *Le menteur*, de Corneille, derivan de *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, y de *La verdad sospechosa*, de Alarcón. Esto último el mismo poeta francés lo confiesa, poniendo por las nubes y acatando como modelo admirable la comedia del corcovado insigne.

Y para no hacer cansada esta enumeración, añadiremos que también era por aquí sabido que *Point d'honneur* y *Don César de Urbino*, de Lesage, son imitaciones de *No hay amigo para amigo*, de Rojas, y de *Peor está que estaba*, de Calderón.

Mas lo que ahora ha descubierto el distinguido colaborador de *Le Temps* con auxilio de un erudito de Blois, llamado M. P. Anglosse, es que Molière, además de los *emprunts* citados y del que tomó á Moreto para su magia de Versalles *Les plaisirs de l'île enchantée*, acudió también á España para *Le Tartuffe*, y, lo que es aún más singular, para *El Avao*.

El viaje no lo emprendió Molière directamente; antes de entrar en nuestra escena pasó por casa de Scarron, de aquel paralítico de alegre y satírico humor que pasó la mitad de su vida sin poder dar movimiento más que á su lengua y á su pluma, las cuales, eso sí, movía con gran desenvoltura y *donaire*. Ello fue de la siguiente manera:

Scarron—muerto hacía más de dos años cuando se estrenó *Tartuffe*—había publicado una colección de *Novelas tragi-cómicas, tomadas de los autores españoles más famosos*. Estos, como apuntado queda, hallábanse muy en boga en aquel siglo en Francia. Rabelais usaba á menudo españolismos; Lesage escribía *Gil Blas* y *Le diable boiteux*, teniendo por pauta *El escudero Marcos de Obregón*, de Espinel, y *El Diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara, entre otros, y en el teatro yá hemos visto que se espigaban sin reparo nuestras mieses literarias.

Pero volvamos á Anatole France, ó, mejor dicho, á Scarron. Una de las novelas de la colección supradicha denominábase—atiéndase bien—denominábase *Los Hipócritas*, y el protagonista Montúfar, del cual—nótese bien—puede sacarse por anagrama *Mon-tar-tuff*.

En la novela hay una escena, magistral por cierto, que debió de servir sin duda alguna para la mejor de la comedia de Molière. La sexta del tercer acto, en que el bellaco de Tartuffe, al verse acusado, en lugar de defenderse se confiesa con humildad reo de toda suerte de maldades, como alarde de cristiana humildad. Anatole France reproduce ambas escenas, la de la novela y la de la comedia, y el fondo es, en efecto, el mismo.

Los Hipócritas pasaban por originales de Scarron, y Molière, por tanto, como imitador, plagiarlo ó lo que se quiera, de éste, cuando hé aquí que el mencionado Anglosse pone de manifiesto que el verdadero autor original no es Scarron, sino nuestro novelista y poeta dramático Jerónimo de Salas Barbadillo, y *Los Hipócritas* copia indudable de una novela suya, *La hija de Celestina*, impresa por primera vez en Zaragoza en 1612.

De aquí surge una duda: ¿Molière imitó á Scarron, imitador de Salas Barbadillo, ó imitó á Salas Barbadillo sin pasar por Scarron? Indicios hay á favor de lo segundo; en primer lugar, Molière, como sus congéneres de aquella época, tenía á gala y por costumbre sacar á puñados temas, argumentos, epi-

sodios, tipos, escenas y á veces obras enteras de la literatura española. Corneille declaraba que, á pesar de estar Francia y España en guerra, él comerciaba con ésta. “ Los que no quieran perdonarme—añadía—tal relación con nuestros enemigos, aprobarán á lo menos que los saqué.” Y así lo hacían, en efecto, él y otros.

Por otra parte, Anatole France dice que en el texto castellano hay una frase traducida é interpretada exactamente, no por Scarron, sino por Molière, y una observación irónica en otro pasaje que Scarron pasó por alto y que Molière parece haber comprendido en dos versos del acto quinto.

Tocante á *El Avaro*, que se ha creído comunmente mera imitación de Plauto, y del cual tomó Molière en realidad los rasgos característicos del protagonista, resulta ahora que como tal comedia, ó sea como acción é intriga, proviene de un cuento de Scarron, nombrado *El castigo de la avaricia*.

Pero los personajes de este cuento son españoles (el avaro se llama D. Marcos), y la escena del mismo es Madrid; hasta el título suena á novela española. Si se añade á estas observaciones el recuerdo de la colección de *Novelas tragi-cómicas, tomadas de los AUTORES ESPAÑÓLES más famosos*, no es aventurado suponer que Scarron encontró en nuestras librerías algún otro Salas Barbadillo en quién inspirarse en este caso. Puede apostarse doble contra sencillo á que Menéndez Pelayo encontraría al punto *El castigo de la avaricia*, original de la noveli-lla de Scarron y de la comedia de Molière.

El, que ha restituído á Lope *El Alcalde de Zalamea*, abriendo profunda herida en la memoria de Calderón y dejando casi manco su renombre, ¿no había de restituír al legítimo dueño la historia de las desventuras del avariento D. Marcos?

Congratulémonos, por lo demás, de que los escritores franceses modernos de mayor importancia reconozcan de buen grado cuánto debe á la nuéstra su literatura del siglo de Luis XIV. Si por ventura esta confesión ajase un tanto el amor propio, siempre en ejercicio, de su país, consuélense con que hoy en día nuestra mal aventurada escena apenas se alimenta más que con engendros desafortados, inoportunas reminiscencias de los tiempos de *Antony*, ó con obrillas traducidas, arregladas, escritas simplemente, ó escritas “ sobre un pensamiento ” de origen francés.

L. A.

LA TIERRA DEL MAMBÍ (1)

HABANA

LAS CUBANAS — CARÁCTER

Próspero Mérimée, que conoció una cubana en la corte de Eugenia Montijo, decía que si las españolas merecían un cetro, las cubanas eran merecedoras de una diadema por su belleza y gran inteligencia. Esa opinión del autor de *Colomba*, trazada á la luz de una lámpara de las Tullerías, y escrita con mano que había oprimido lo mismo el guante de la Emperatriz que el talle de la gitana, tiene mucho de verdadera, aunque no poco de exagerada: no pasa de ser un concepto literario del todo convencional.

La mujer cubana es un tipo de selección y evolución—en el orden puramente fisiológico: es el producto de tres razas semejantes, desenvolviéndose y transformándose á la acción de fenómenos sociológicos y climatéricos. La cubana ha heredado la forma suave de la española, la gracia chispeante de la francesa y la inteligencia práctica y doméstica de la irlandesa. Entre las familias más distinguidas los apellidos de extracción francesa ó irlandesa son bien comunes: Duquesne y Regnault, O'Reilly y O'Farril, nombres son de primera magnitud en esa sociedad refinada. Así, debido á la variedad etnológica, no hay uniformidad en el tipo: vense jóvenes con el cabello de un rubio ambarino y ojos azules, otras de fisonomía irregular y acentuadamente picaresca de la raza gala, y las más con ojos radiantes de princesas moriscas. Y si esos tres tipos difieren en las líneas del semblante y el color de pupilas y cabelleras, son idénticos en cuanto á la transparencia de cutis. No recuerdo qué poeta decía en una atrevida hipérbole: "Cuando una cubana bebe vino, veo las gotas pasar al través de su garganta." Esa diafanidad de carnes es del todo genérica: se admira, así en el ancho seno de la matrona como en el velado y tímido de la

(1) Este artículo forma parte de una serie que está publicando *El Tiempo* de México, con el título general de *La Tierra del Mambí*. Sentimos no conocer el nombre del autor, el cual exhibe una pluma chispeante y amenísima.

doncella. Es la concepción ideal de lo femenino: no se busque en la cubana lo carnoso y brutal, que no se encontrará en ella: es la mujer de líneas ondulantes pintada por Salvador Rosa y encarnada por el genio de Shakespeare en Ofelia. Se entiende que me refiero á las clases elevadas, que en las bajas, henchidas de sangre africana, la sensualidad es inevitablemente orgánica.

La cubana es una planta de invernadero: huye del sol como la golondrina de la sombra. Apenas suele verse alguna á las horas matinales de la misa ó el baño, permaneciendo el resto del día en absoluta reclusión. Esa vida sedentaria y esa penumbra continua laxituda los miembros y hace que la expresión vague en una nube de oriental melancolía. Un señor J.... me decía hablando de sus hijas: "Nunca un rayo de sol ha herido la cabeza de mis niñas." Una señora, la poetisa L...., me aseguraba que tenía más miedo al sol de Cuba que á los editores de sus versos, que siempre se los dejaban inéditos." Otra, una artista, me afirmaba que si el sol de México besa, el de Cuba muere. Ese terror de lo femenino á la acción solar, se inspira por las madres á los chiquillos, desde que éstos pueden comprender los más simples vocablos. Las primeras palabras que el niño cubano principia á balbucir son: DIOS, SOL, PLÁTANO. De aquí que la vida escolar para las niñas de alto rango, y aun de la clase media, sea en la Habana desconocida. El traje de las criollas, no confeccionado para la calle ó el paseo, y sí para el hogar y el teatro ó bailes, tiene esa vaporosa originalidad, esa negligente amplitud que da el pincel de Gerome en la falda de Maintenon. La falda exterior es blanca y espumosa y opulenta, y sigue el movimiento de la pierna con voluptuosa languidez: reclinadas en la mecedora ó tendidas en la hamaca, las cubanas no son menos hermosas que en el palco de Tacón ataviadas con seda y brillantes.

Las manos y los pies son inverosímiles por lo pequeños: son piececitos modelados para el baile y manos cinceladas para cortar flores. ¿Es esa pequeñez una deformidad, supuesto que está en pugna con las leyes de la proporción estética?

En los aparadores de las tiendas de género se ven zapatitos en los que cabría dificultosamente el pie de Cinderella: es calzado para muñecas ó hadas, nó para mujeres de carne y hueso.

Miss Catherine Palmer, corresponsal del *Atlantic Monthly*, de Nueva York, publicó no hace mucho una correspondencia de la Habana, quejándose de que no podía encontrar botines á su medida, *ni aun pidiendo los que usaban los hombres*. Y eso que Miss Palmer es afamada en Boston, más que por sus poemas, por sus breves pies....

— — —

Pero si la educación física de las cubanas es imperfecta, la intelectual y práctica es de un carácter superior: especialmente en idiomas las criollas son consumadas maestras. Recitan á Manzoni en el original italiano, á Longfellow en inglés y á Francisco Coppée en francés, con tal pureza y corrección, que al oírlas se las creería recitar en su propio idioma. Y al declamar y traducir lo hacen con tal ingenuidad, como si se tratara de discutir el mérito de un abanico. En esto de las lenguas extranjeras ellas son superiores á los cubanos; éstos lo confiesan así con más galantería que convicción. Quizá por virtud de la clausura en que viven, y disponiendo de más tiempo para el estudio, llegan á ese perfeccionamiento: María P...., hija de la Condesa de P. del R., traduce del griego y del latín como pudiera hacerlo Ipanandro Acaico. Rita S.... es una botanista notable; Juana V.... ha practicado geología en las excavaciones de Atenas. Algunas pintan, otras modelan, las más dibujan; las hermanas de la Marquesa de B.... son conocidas por su habilidad culinaria. La señora Josefina O...., mujer de un millonario que posee numerosos ingenios en el interior de la Isla, dirige ella misma las operaciones económicas del marido, el que pasa la vida haciendo *sonetos y redondillas*....

¡Contraste singular! allí el temperamento poético reside en los varones: las hembras son las del sentido práctico. ¿Cómo se explica esa inversión de los principios fisiológicos, tan severamente distribuidos por Max Muller?....

Un poeta cubano, amigo mío, me invitó á pasar una semana en su hermoso *cottage* del barrio de Jesús del Monte: la finca, que ve hacia el mar, está rodeada de umbrosos jardines, fuentes y estatuillas. En un ángulo, donde las lianas y las yedras se entrelazan y anudan cual serpientes, se levanta un precioso kiosko sumergido en el tropical follaje: dentro de ese floreciente retiro, ligeramente amueblado, mi amigo el poeta

F.... suele producir sus más espinosas odas. Su esposa, una adorable criolla de mediana edad, me dijo, al preguntarle al día siguiente por su consorte, viendo que, yá avanzada la mañana, no acudía:

—No hay que esperar á Félix á la mesa: está con las *Musas*: se encierra quincenas enteras en este maldito kiosko, y no permite que alma viviente le interrumpa. Mire *uté*, ¿ve *uté* esa cuerda atada desde esta ventana al kiosko? pues por ella se le envía la comida en una canastilla. Cuando tiene hambre, enarbola una banderita roja; cuando le hace falta papel, una banderita blanca; y cuando se le ha acabado la tinta, una banderita negra....

Y arreglándose la opulenta cabellera con su delicada mano, continuaba con maliciosa sonrisa:

—Félix es bueno: su único vicio son los versos. Yo tengo que ver con todos sus negocios, y hasta me entiendo con el sastre para que le haga las levitas.

En la cubana el sentido práctico está tan desarrollado como el sentimiento de lo heroico: durante las guerras separatistas, las mujeres seguían á los maridos al campo de insurrección, las hermanas á los hermanos y las madres á los hijos, abandonando comodidades y lujo por una vida de quebrantos y crueles tormentos. Un oficial español, al rendir el parte de un triunfo á la Capitanía General, antes de la paz del Zanjón, decía: “En el campo enemigo he sorprendido familias enteras, mujeres vestidas de seda, las que después de un baile en Trinidad, según he sabido, se reunieron con los insurrectos. Algunas estaban armadas.”

Durante el Gobierno del General Concha, había en la Habana un oficial catalán, terror de los criollos por su habilidad para el espionaje; por sus delaciones, muchos infelices habían sido fusilados, creyéndoseles en connivencia con los insurrectos. Nadie osaba castigar al espía, y todos temblaban con sólo verle: una noche, sin embargo, y en un baile de carnaval dado por rameras españolas, el catalán fue muerto de una puñalada en los momentos en que bailaba una *cuadrilla*. Cerráronse inmediatamente las puertas del teatro, llenóse la sala de soldados y alguaciles, y procedióse á una averiguación inmediata: las damiselas interrogadas, al rendir sus declaraciones, estu-

vieron todas de acuerdo en rendir á la Justicia este indicio capital: "Que habían visto dar el golpe, y luégo desaparecer rápidamente, á un *dominó negro* de calzado finísimo y pequeño, y con manos de mujer cuajadas de sortijas." Por más que las autoridades investigaron y prometieron, jamás llegóse á descubrir á la autora del homicidio, y los manes del catalán vagan todavía clamando venganza en el cementerio de Colón....

—

No hay nada más terrible, según Goethe, que una actividad sin inteligencia. En numerosos seres del mundo femenino, y aun en no pocos del masculino, la actividad sin la inteligencia es un fenómeno orgánico que, por lo frecuente, ha cesado de ser fenómeno: hay mujeres que todo el día trajinan y canturrean, sin que cruce por sus cerebros de pájaro la sombra de un pensamiento: parecen estar condenadas á moverse, inconscientes de su propia impulsión. Esa vida, tristemente mecánica, es casi desconocida entre las mujeres educadas de Cuba: ya sea por lo abrumante de la atmósfera, ya por el enervamiento de las energías animales, la cubana vive en el reposo y la quietud material, en tanto que la inteligencia se agita en perpetua locomoción. Si queréis embruteceros como hombres, decía Aristófanes á los Griegos, luchad como atletas. La Avellaneda escribió sus más inmortales cantos en estado *casi letárgico*, como ella misma lo dice: en las calurosas noches del verano, cuando las estrellas rutilan y el suelo vaporiza, cuántas de esas mujeres no sentirán con el insomnio la vibrante pulsación del pensamiento!

En Cuba el amor al hogar es más intenso que en otros pueblos del mismo origen latino; pero esto se explica por la exuberancia de luz y de calor exteriores, que hacen la sombra apetecible y la quietud indispensable. Debido á ese accidente, que viene á hacerse normal, los matrimonios son más difíciles, supuesto que requieren, como primera cláusula del contrato, *una casita fresca, ventilada y florida*. En los países fríos, una muchacha sigue al amante á un zaquizamí, siempre que haya una *cama*, una *alfombra* y una *mesa*; pero ¿qué enamorada se atrevería á encerrarse con el hombre amado en un cuarto sin aire y lleno de mosquitos? El amor, que es grande como el mar, tiene también sus límites....

Los amores románticos son perfectamente desconocidos en la Habana: el individuo que tiene una holgada posición social, se casa; el que nó, se abrasa. En México los matrimonios de ricos con pobres no son raros; en la Habana son simplemente imposibles. Una cubana opulenta, al enlazarse, opta por un cubano opulento; pero si es pobre, elige por compañero á un español acaudalado. Lo positivo avasalla á lo ideal: conocí á una señora muy inteligente, cuyo marido, que había militado con Céspedes, fue fusilado por los españoles. Hablaba horrores de los españoles (patones) delante de sus hijas, Concha y Beatriz, infurdiendo á éstas un odio acerbo por los dominadores: Concha estaba prometida á un abogado cubano y Beatriz á un periodista de la misma nacionalidad; entrambos con más ideas en el cerebro que pesetas en el bolsillo. Pero hé aquí que cuando los *lacs d'amour* parecían más fuertemente apretados, entraron en escena dos personajes, en forma de dos tenderos peninsulares, pidiendo mercantilmente en matrimonio á las pálidas bellas. La mamá, de quien todos esperaban fulminara á los pretendientes, les contestó, haciendo tronar el abanico entre sus dedos de rosa:

—Yo no me opongo, si mis niñas consienten.

Y ellas consintieron.....

Un día que fui á visitar á la intransigente matrona, me dijo, golpeando el abanico contra la mecedora, con un furor teatral:

—Pobres chicos—refiriéndose al abogado y al periodista—tienen mucho talento; pero, créame *uté*: el talento sin dinero... es una cosa horrible, ¡sí, horrible!

CORRESPONDENCIA LITERARIA DEL PERU

Lima, Diciembre de 1890.

Señor Director de la REVISTA LITERARIA.

¿Quién no conoce en Lima, hasta en el último pueblecillo del interior del país, al autor de los chispeantes artículos semanales que con el título de *Rasgos de Pluma* publica *El Tu-nante*?.....

No creo quenadie haya principiado á leer un artículo de

este escritor y lo haya dejado por insípido ó cansado; no lo creo. *El Tunante* puede adolecer de algunos defectos, pero tiene la principal cualidad del escritor de costumbres: es amenísimo.

De él puede decirse lo que de muy pocos en Lima podríamos con verdad afirmar: es un escritor muy leído.

A *El Tunante* lo han censurado por incorrecto en el estilo y poco ajustado á las reglas de los maestros en literatura.

Sin convenir en que tal afirmación sea exacta, diré que escribe con poco arte, pero con mucho talento.

Tratándose de un escritor de costumbres, yo diría que el espíritu de observación y la agudeza de estilo deben ser sus cualidades preferentes.

Diría también que hasta me gustan más tales condiciones que cualesquiera otras.

Y es porque yo me imagino á *El Tunante* vestido de frac y corbata blanca, y calzado con guantes ídem; es decir, imagínome al ameno escritor de nuestras costumbres usando estilo académico, de ampulosa frase y escogida dicción, cual la de un estilista, y me parece que había de perder sus más simpáticas cualidades.

Sí, perdería ese sabor criollo, tan peruano, más aún, limeño; perdería esa expresión palpitante de vida y de verdad; perdería el sello peruano, con sus modismos, que son los nuestros, con sus *quechuísmos*, que son derivaciones del idioma patrio, y que, para los que hemos nacido al Sur ó al Norte de Lima, nos recuerdan el ambiente de la tierra natal, perennemente recordado y querido.

En el artículo *Don Juan de las Creederas* nos describe *El Tunante* al provinciano bonazo, de ruda sencillez y de noble patriotismo; que después de haber sido electo por sus comprouvincianos para ocupar la curul de diputado al Congreso, viene en la persuasión de hallar á sus compañeros de tareas animados de sus mismas patrióticas intenciones.

Invitado á una de esas tertulias políticas, que tienen por objeto *cazar diputados* como quien caza pájaros, baja él imbuido de la noble idea de que ha de trabajar en bien de la patria.

Y cuando *Don Juan de las Creederas* da con una reunión de caballeros de alto rango, vestidos de rigurosa etiqueta, que

charlan, ríen, comen y juegan rocambor, dice para su colete: estarán haciendo tiempo hasta que llegue la hora de tratar de la patria.

Al fin, después de oír diálogos de rocambor, combinaciones de partidos políticos, especulaciones de bolsa, vase de allí el diputado patriota, haciendo la definición de los políticos y de sus reuniones con estas significativas palabras: "Patria!... ¡especulaciones!... ¡intriguillas!... ¡cubileteos!... ¡ambiciones!... ¡asuntos particulares!... ¡incierto porvenir!... ¡pueblo que gime!... y sobre todo el partido, siempre el partido!..."

El *Maestro Manuel* es el tipo del industrial, y también del obrero peruano; un prodigio de habilidad, pero un poco vicioso, un tanto informal y asaz perezoso, muy dado á politiquer y á inmiscuirse en clubs y candidaturas de partidos políticos.

Los Alfeñiques, este mote designa al jovencito imberbe, con todos los humos de hombre barbudo, enamorado y hasta un tantico vicioso; tipo muy propio de estos climas tropicales, donde el prematuro desarrollo de las pasiones extravía tempranamente á la juventud.

¡*Los Alfeñiques!*... creación flamante nacida de las lujuriosas piezas teatrales que se llevan á la escena en el *Olimpo* y el *Principal*, donde *La Gran Vía* y el *Certamen Nacional*, que son deliciosos para los espíritus cansados que han menester de los estimulantes de la danza y la música, son dañosas y profundamente perjudiciales para la juventud, á la que pervierten y malean.

El *Jueves Santo* celebrado como fiesta semi-profana, que atrae al templo inmensa multitud de alegres jóvenes y hermosas niñas, que entran, salen, *cortan*, es decir, critican, y charlan, pensando en todo, menos en la Religión, ha sido descrito con pluma digna de Mesonero Romanos ó de Guillermo Prieto, el gran poeta mexicano.

El Carnaval por Alto no es menos digno de recomendación, como el cuadro más acabado de nuestras *criollescas* costumbres. Es el juego de carnavales tomado por máquina fotográfica é instantánea, en el momento en que el tinte limeño es más pronunciado.

No ha dejado una sola de nuestras fiestas limeñas que no describa, ni uno solo de nuestros tipos sociales que no retrate magistralmente en sus *Rasgos de Pluma*, cuyo número no bajará de doscientos, con los que bien podría llenar un libro de 500 páginas.

Y sin embargo estos artículos, que en el Extranjero alcanzarían grande aplauso y aceptación, no han sido aún coleccionados por su autor.

Es porque *El Tunante* es excesivamente modesto, y esta cualidad, que en él casi raya en defecto, puede llevarlo hasta pensar en arrojar sus escritos al fuego, considerándolos completamente imperfectos é inútiles, sin adivinar, como Virgilio, que ha escrito algo que será imperecedero.

Engolosinada con los artículos de costumbres de *El Tunante*, he olvidado darle á conocer á Abelardo Gamarra, que es el verdadero nombre de este por mil títulos apreciable escritor peruano.

Abelardo Gamarra es hoy director y redactor de *La Integridad*.

Dicho escritor ha sido electo diputado al Congreso en dos ocasiones, y en ambas estuvo en las filas de la oposición.

La ilustración de la raza indígena ha sido su más constante y ardiente anhelo. En el Congreso presentó un proyecto con tal fin, para establecer escuelas en los fundos y en los últimos villorrios del interior de la República.

Gamarra ha nacido y crecido en uno de esos pequeños pueblos del interior del Perú, donde las inteligencias, aun las más superiores, se pierden y malogran por falta de medios para estudiar é ilustrarse.

Esta triste situación, de la cual tal vez él se considera víctima, es la que lo ha llevado á ser ardiente defensor de los desamparados pueblos que, alejados de la capital, viven sumidos en las tinieblas de la ignorancia.

En la Cámara, en la prensa, dondequiera que él ha podido dejarse oír, ha clamado contra el abandono de los gobiernos respecto de la infeliz y olvidada raza indígena.

En uno de esos pueblos fundó un periódico con el título de *La Bandera del Norte*, y en él se proponía difundir la ilustración y propagar las ideas liberales.

Después de la batalla de Huarnachuco, la última en la infausta guerra con Chile, Gamarra publicó un interesante folleto con apreciaciones muy juiciosas y descripciones llenas de colorido y animación.

También en el género poético ha escrito Gamarra composiciones de mérito, y entre éstas debo citar las tituladas *Yarabíes*.

Vicuña Mackenna, el afamado publicista chileno, copia en su *Historia de la Guerra* uno de esos yarabíes que Gamarra ha escrito y que bien pueden citarse como de los mejores en su género.

El que no conozca el *yarabí*, esa poesía simi-incásica, no puede estimar el mérito de esas estrofas que desde la época en que los trovadores ó *harabec* indios las cantaban al són de su *quena*, se han transmitido hasta nosotros por medio de algunos cultivadores de ese género, que, como Melgar y Llosa, nos han dejado magníficas muestras de ellas.

Los *yarabíes* ó *huainos* son la genuina expresión de la poesía incásica, con todo aquel sentimentalismo lloroso y lúgubre, propio de la raza oriunda del Perú. En esas estrofas, que más que un canto son un quejido, está retratada la índole del hijo de las abruptas serranías del Perú, de aquel que en su propio suelo se considera desterrado y dice:

Voy á vivir, patria mía,
A país extraño y distante;
Tú no tienes para el indio
Ternura propia de madre.

La poesía y el canto son en todos los países la expresión más ingenua de los movimientos del ánimo, que se producen lo mismo en el hombre de la naturaleza que en el civilizado.

Como los árabes y los caledonios, los peruanos tuvieron su poesía propia. Solamente que, en tanto que el genio de las naciones semíticas ha vagado entre una naturaleza magníficamente rica, con sus fértiles valles, sus campos llenos de luz y de armonías, el indio peruano ha encontrado por único escenario de su vida la naturaleza silenciosa de las punas con sus nevados picos, sus peladas eminencias y sus imponentes cordilleras, más propias para inspirar la idea de la lucha del hombre

con la naturaleza, que la idea artística de un suelo que halaga y proporciona satisfacciones.

No obstante, yo diría que la melancolía ingénita del indio se deriva más directamente de una predisposición fisiológicamente hereditaria que del medio físico en que ha vivido.

Desde la época de Melgar, ningún otro poeta supo, como Gamarra, dar á sus estrofas aquel tinte regional, que se dirían cantadas al són de la guerra del *harabec* que dirige sus quejas á la *ñuzta* de sus amores.

En un libreto escrito expresamente para una ópera en tres actos, que debía titularse *El Yarabí*, Gamarra ha derramado todo el sentimentalismo de que debían estar empapadas esas estrofas para armonizarse con el título de la pieza.

El conocido y talentoso joven Valle-Riestra se había propuesto convertir en ópera el hermoso libreto de Gamarra.

Ignoro la causa por la cual este proyecto no ha llegado á su realización.

Para el teatro Gamarra ha hecho algunos felices ensayos de comedias de costumbres, las que, representadas, obtuvieron aplausos de un público ilustrado y juicios favorables de la prensa.

El juguete cómico en un acto, titulado *Una cosa es con vihuela y otra cosa es con guitarra*, tiene escenas de mérito y puede, con algunas reformas en el juego escénico y correcciones en la forma, llegar á transformarse en una pieza digna de figurar en el repertorio nacional.

Yá vienen los chilenos es también un juguete cómico, en un acto, en el que con suma gracia ha descrito las escenas que en los pueblos del interior se realizaron á la voz de “yá vienen los chilenos.”

Na Codeo y *El cuarto número tantos* son yá piezas de mayor aliento, no sólo por su extensión, que alcanza hasta tres actos, sino también por sus tendencias.

Y para que se comprenda con cuánta imparcialidad juzgo las producciones de este escritor, diré que creo muy más dignos de encomio los *Rasgos de Pluma* que sus piezas dramáticas, á pesar de los elogios que la prensa les ha prodigado.

El escritor de costumbres es, entre los que escriben para el público, el que mayores simpatías llega á conquistarse y el que más directamente influye en ese público; y esta clase de talen-

tos es muy rara, y diríase que de ella se muestra avara la naturaleza.

Y es porque no basta el espíritu de observación y cierta gracia en el decir; también ha menester la intención filosófica, la amenidad que nace de la aparente superficialidad y de esa *difícil facilidad* de que hablaba Moratín y que es el gran arte del escritor que debe combinar el ingenio chispeante de una musa riente, al talento profundo que compara, medita y deduce.

No en vano los franceses han llamado *esprit* aquella gracia, aquel donaire y agudeza del escritor de costumbres que es el secreto de su fuerza y de su grande influjo.

Los que censuran á Gamarra de trivial é incorrecto, olvidan que él copia nuestras costumbres con sus trivialidades y hace hablar á sus personajes con el idioma vulgar y corriente.

Cada pueblo tiene su fisonomía propia que le es peculiar y le distingue de los demás; copiar esa fisonomía con sus imperfecciones y defectos es el gran secreto del escritor de costumbres.

El es el único á quien no le es dable inventar.

Y esa fidelidad es lo que les presta autoridad tanta, que la Historia y la Antropología se escribirán consultando al escritor de costumbres.

Hoy mismo Mr. Taine confiesa que para escribir sus *Orígenes de la Francia Contemporánea*, ha consultado, más que libros de historia, los que retratan las sociedades y las costumbres.

Gamarra en este ramo llegará á mayor altura, y esta previsión la fundo en el progreso que en sus últimas publicaciones ha manifestado.

En la vida de Gamarra hay gran parte de bohemia; él, como el bohemio, es desprendido de los bienes de fortuna y más indiferente á las glorias literarias.

Carácter franco, leal, alegre, chistoso, sin preocuparse jamás del día de mañana, vive retirado de la sociedad y ocupado tan solo en su trabajo.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

FALLECIMIENTO DEL ILLMO. SR. VELASCO

La noticia de la muerte del digno prelado, ocurrida el día 10 del presente mes en esta capital, ha conmovido dolorosamente á la sociedad bogotana. El egregio pastor, al hundirse en el seno de la tumba y abandonar este mundo transitorio y perecedero, deja, á modo de estela luminosa que recordará su nombre y su mérito, huella fecunda; alto ejemplo, enseñanza sublime y consoladora. Hombre amante del bien, que perseguía siempre con increíble actividad, en toda esfera de acción, el puntual cumplimiento de su deber, han corrido dos años no completos de su episcopado, en los cuales, llevado de su ardiente celo apostólico, supo comunicar impulso irresistible á la disciplina de la iglesia, encauzar sus personales gustos y necesidades en la corriente del desprendimiento y la humildad cristianos, y extender su iniciativa hasta emprender mejoras materiales en completa armonía con las leyes del gusto y los preceptos de la arquitectura.

El Ilustrísimo Señor VELASCO llevó siempre vida de persistente trabajo y de incesante y meritoria labor. Había nacido en Popayán el 11 de Abril de 1834, de una familia acomodada y de representación social, y del suelo natal se alejó por primera vez en 1851 para seguir al destierro con los Padres de la Compañía de Jesús, que en aquella fecha fueron expulsados del territorio granadino. Después de vivir en Quito por algún tiempo, concluyó sus estudios en Salamanca y León [España]; y se ordenó de sacerdote en 1860, en la primera de las ciudades nombradas. En 1867 profesó solemnemente en la Compañía.

Ejerció el magisterio de la enseñanza en México por dos años. Luégo se estableció en Pasto, de donde pasó al Ecuador en 1877, y se encontraba de nuevo en México cuando recibió las bulas de Obispo de Pasto, Diócesis que sirvió con decidida consagración y talento hasta cuando fue elegido para llenar la vacante del Ilustrísimo Señor Paúl. El señor VELASCO hizo su entrada á Bogotá el 5 de Septiembre de 1889. Era el señor Arzobispo persona de porte severo y distinguido, extremadamente parco en sus comidas, lacónico y preciso en sus decisiones y respuestas; circunstancias que, unidas al alejamiento en que vivió de toda fiesta y ostentación mundanas, al esmero en cumplir las más ligeras prescripciones del rito, y á su inextinguible fe, le conquistaron en el ánimo de todos los fieles, hasta en el de aquellos menos fervorosos y humildes, auréola merecida de simpatía y prestigio: unánimes eran las justas alabanzas á su conducta; el profundo respeto que inspiraba y la admiración por sus virtudes. Su nombre será transmitido á las generaciones futuras como el de un sacerdote ejemplar, inmaculado en su conducta; compasivo con los débiles; apasionado de la justicia y el bien.

¡Dios haya galardonado su espíritu con la inmarcesible corona que merece!



PAGINAS BLANCAS

La lectura de los *Artículos de costumbres* y de las *Novelas* de José David Guarín me ha hecho escribir lo siguiente:

Llama con justicia la atención que el nombre del escritor José David Guarín no se aclame en toda la América española como el de uno de los ingenios más originales de cuantos en esta parte del mundo han ennoblecido las letras. No quiero decir por esto que él no sea popular en Colombia, su patria; pero en vista de los relevantes méritos que lo enaltecen, para Guarín ambicionaría yo algo más: la fama de más allá de los mares, pues bien la merece quien ha enriquecido nuestra literatura con producciones tan originales como las que contienen estos volúmenes.

Viveza y propiedad en las descripciones; novedad en los pensamientos, estilo ameno y pintoresco; creaciones interesantes y argumentos felicísimos son los rasgos más notables de la obra literaria de Guarín, quien, como escritor de costumbres, ha sabido mostrarse siempre entre los más distinguidos de los muchos con que se enorgullece nuestro país. Guarín pertenece á esa simpática generación de literatos que brilló por los años de 1856 á 1870, época la más luminosa de nuestro periodismo literario y que no puede recordarse sin cierto sentimiento melancólico, pues que la mayor parte de los letrados ilustres que le dieron esplendor y vida, Vergara y V., Ortiz (J. F.), Borda, Silva, Samper, Mantilla, Carrasquilla, Sarabia y otros muchos, duermen hoy el sueño del sepulcro. El periodismo y los libros literarios de esa época, á la cual pertenecen en gran parte los escritos de Guarín, serán considerados siempre como lo más lozano y bello, verdadero y sentido de cuanto ha salido hasta hoy de las prensas colombianas: fue esa, sin duda ninguna, la edad de oro de nuestras letras; y lo más sensible es que, como todo lo bueno que pertenece al pasado, quizás no volverá á reproducirse nunca.

Es Guarín uno de mis escritores predilectos. El, con Isaacs, Díaz y Caicedo Rojas, Juan Francisco Ortiz, Marroquín y Vergara, ocupan preferente situación en mi humilde biblioteca y constituyen el encanto de mis escasas horas de solaz.



¡Quién tuviera el modo sencillo y seductor de decir las cosas que es propio de Guarín! Paréceme, cuando leo sus cuadros de costumbres, que converso con los personajes que pone en escena con sin igual habilidad; me figuro que veo los paisajes que pinta; que aspiro la brisa de los amenos campos adonde nos conduce sobre los blandos resortes de su estilo, y que entro y me siento en los hogares en donde hace vivir las bellas *calentanas* ó los honradotes vecinos de pintoresca y simpática aldea. ¡Qué caudal tan abundante de chistes de buena ley! Es aquello, á las veces, como un fuego de artificio en el cual se oyen las detonaciones menores, alternadas por las de mayor efecto, y brillan los chispazos amarillos, rojos, morados y azules de los fuegos de Bengala, para terminar en el *trueno gordo*, que corona y finaliza el efecto de aquel regocijo de niños y viejos.

David Guarín, á la manera de D. Eugenio Díaz, copia cuanto ve, con la exactitud de un espejo de Venecia, sin olvidar detalle ninguno y recogiendo en las imágenes que al papel traslada como consumado maestro, las luces fuertes, las sombras, los tonos medios y todo lo que contribuye á dar al cuadro de costumbres los caracteres necesarios para obtener el calificativo de verdaderos. ¿Qué importa que á las veces se sorprendan en sus escritos algunas leves incorrecciones de lenguaje ó insignificantes impropiedades literarias, si al lado de esto hay tanta naturalidad y tanta galanura? Preferible es escribir como David Guarín á ser una enciclopedia ambulante y no producir nada.

LUCIANO RIVERA Y GARRIDO.

BOGOTA ANTIGUA

Las principales calles se encuentran en la parte baja de la ciudad; la más pública es la llamada calle Real, en la cual hay tiendas de ambos lados, en serie continua, y tiene la longitud, con corta diferencia, de la calle Vivienne, de París, entre el Palacio Real y la Bolsa. Las tiendas las abren á las nueve de la mañana; no tienen lujo ni interior ni exteriormente; la mayor parte no reciben luz sino por la puerta; y mercancías de toda especie, hasta las más diversas, se encuentran confundidas, por ser raro que un comerciante se haga especialista; de aquí que la mujer

elegante, la de más alto rango, que busca pequeños objetos de adorno y de lujo, se vea al lado de compradoras de las clases más bajas.

Pasado medio día se cierran las tiendas, y se abren de nuevo á las tres de la tarde; este tiempo se invierte entre la comida y la siesta.

Hay en Bogotá diversas y grandes plazas, y las principales toman sus nombres de las iglesias y conventos edificadas á los costados, tales como las de San Victorino, San Francisco, San Agustín y La Catedral. La primera, que se encuentra al final del ancho camino de Facatativá, á la entrada de la ciudad, tiene la forma de una especie de triángulo, y está rodeada, á izquierda y derecha, por casas feas y en el fondo por un pretil edificado sobre la muralla que en este punto contiene y desvía, en forma de codo, las aguas del más grande de los riachuelos que atraviesan la ciudad en su mayor anchura, merced á la ancha abertura que forma el cauce; por en medio de las habitaciones se ven correr las aguas impetosas del arroyo, y más lejos, en anfiteatro, las montañas á cuyo pie está reclinada la ciudad.

Si en conjunto es esta plaza de aspecto miserable y predispone al extranjero á juzgar mal de la capital por aquella entrada, en cambio para un pintor ofrece una vista muy pintoresca, y sé que después que salí de Bogotá el barón Gros, Encargado de Negocios de Francia, hizo de ella un cuadro al óleo. Las otras plazas nombradas son cuadradas. La de La Catedral, llamada también plaza mayor, es la más espaciosa: tiene de superficie, según la medida del país, una *cuadra* de 125 metros, más ó menos, por lado construído, más el ancho de dos calles que desembocan en cada esquina; es también la más bella, si se atiende á los edificios que la rodean, y que son: La Catedral, con una capilla anexa, la casa de Aduana y correos, algunas espaciosas casas particulares y las que sirven á los Tribunales y al Consejo de Estado. Es en esta plaza en donde tiene lugar cada viernes el mercado principal; las mujeres más educadas y las de todas las clases de la sociedad van allí por la mañana á hacer sus compras; las primeras van acompañadas por una criada ó un indio, quien lleva en las espaldas un gran cesto en donde se echan las provisiones para toda la semana. Algunos curiosos, ó gentes que buscan una cara bonita, no faltan jamás en dicho día y á la hora indicada, y forman asamblea en el atrio de La Catedral, elevado ocho ó diez escalones sobre el suelo de la plaza y desde donde la vista domina á vendedores, compradores y paseantes; reunión de gentes del cam-

po y de la ciudad, de todas condiciones y de distintos colores de piel, que ofrecen á los ojos del observador un cuadro caprichoso, al que dan grande originalidad sacerdotes y monjes de diferentes órdenes, quienes, mezclados á los grupos de mujeres, conversan familiarmente con éstas.

Entre los artículos de venta que forman el mercado y que son abundantes, hay muchos traídos de las tierras calientes, y casi todas las legumbres de Europa son cultivadas en la sabana de Bogotá.

El atrio de La Catedral, llamado *altozano*, y cuya longitud, comprendiendo el de la capilla anexa, puede ser de 50 á 60 metros y de 8 á 9 de ancho, no sirve sólo de observatorio é los curiosos los días de mercado ó de fiestas en la plaza, sino también todas las tardes, de las cuatro á las seis, de paseo muy frecuentado por los hombres, especialmente por los amigos de noticias y por los negociantes.

.....

La gran fiesta patriótica y nacional se celebra todos los años en el mes de Julio, en conmemoración de la proclamación de la independencia del país; las ceremonias religiosas son las primeras en ella; luégo vienen las fiestas públicas, las cuales se prolongan de ordinario tres días. He visto muchas veces, en dicha época, la plaza mayor de Bogotá convertida en campo de carreras, rodeada de palcos para los espectadores, y allí, caballeros escogidos entre lo más distinguido de la juventud, elegantemente vestidos y formando cuadrillas, hacer brillantes suertes con juegos de sortijas, etc.

Una de las principales diversiones, por la que el pueblo tiene marcada preferencia, hace, por decirlo así, parte obligada del programa de las fiestas; hablo de las corridas de toros, no de los combates pomposamente sangrientos, tales como los espectáculos que se dan en España, los que no se presencian iguales en toda la América meridional, si se exceptúa á Lima, donde existe un vasto y magnífico circo, construído especialmente para este uso. En la Nueva Granada, despojadas las corridas del elemento dramático, la función se efectúa siempre en una plaza, ó más sencillamente en la calle grande de la aldea, y aun algunas veces las salidas no están defendidas por barreras.

A. LEMOYNE.

(Del libro *Viajes y permanencia en la América del Sur, la Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el istmo de Panamá*).

CHISPAS

Si yo debiese convertirme en piedra
 Y pudiera elegir,
 No sería diamante, ni esmeralda,
 Ni ópalo, ni rubí.

¡Ni deidad, ni sepulcro, ni obelisco,
 Ni escollo en mar azul:
 Ser quisiera la pila de alabastro
 Donde te bañas tú!

MANUEL DEL PALACIO.

NOTICIAS LITERARIAS

Hemos recibido las siguientes publicaciones:

Lecciones de los Años.—Recogidas por Bernabé Bravo, miembro de la *Prensa Asociada de México* y de otras corporaciones.—México.—Tipografía de Guillermo Veraza. Calle de la Canoa, número 6½. 1891.—48 páginas.

—*Epístola á Maura* (en verso).—Quito.—Imprenta y litografía de *Las Novedades*—1891.—19 páginas.—(Firmada *Junius*).

—*Al Coronel Manuel Ortiz y Zamora*, en su centenario. Humilde tributo de su familia.—27 de Mayo de 1890.—Guayaquil. Imprenta de *El Globo*. Calle de Aguirre, número 33.—1890.—37 páginas. (Su autor, Ildefonso Díaz del Castillo).

—*Justicia, nada más que justicia. Humilde homenaje á la memoria de D. Felipe Pérez.*—Cali.—1891.—Imprenta de Eustaquio Palacios.—8 páginas.—(Firmado O. Scarpetta).

—*Filosofía Experimental.*—Extractos de las doctrinas psicológicas de Herbert Spencer, por Ignacio V. Espinosa, profesor de Psicología en el Externado de la República.—Imprenta de Lleras y Compañía.—Bogotá.—1891.—Editor, Felipe A. Cantillo.—XIX y 172 páginas.

—*El Nuevo Libro ó los Tentáculos de un Pulpo Marino.*—1891.—Imprenta de Florentino Mora.—Panamá.—Director, Juan A. Enríquez.—10 páginas.—(Su autor, Belisario Porras).

Agradecemos á los autores de las producciones nombradas el obsequio que nos han hecho.

—En el número 331 de *El Sur de Occidente*, periódico de Guanare (Venezuela) encontramos un largo artículo titulado *Un Li-*

bro de Poesías, en el cual el escritor D. Francisco Javier Machado discurre largamente sobre las composiciones poéticas del doctor Núñez.

—El ingenioso y simpático escritor venezolano D. Tulio Febres Cordero tuvo la plausible idea de celebrar en Mérida, su ciudad natal, el centenario del *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, que se cumplió el 9 de Febrero de este año. Con tal objeto reprodujo en facsímile la primera hoja del citado periódico y escribió un artículo alusivo á esa efemérides en su semanario *El Lápiz*. Agradecemos debidamente al escritor merideño tan delicada cortesía literaria internacional.

—D. Nicolás Augusto González, joven escritor del Ecuador, que visitó la ciudad de Quesada en 1882, y que ahora reside en Lima, entregado allí á labores periodísticas, va á publicar en dicha capital dos volúmenes de dramas y comedias, entre los cuales figura la traducción que hizo en verso de la pieza francesa *Mignon*.

—En la vecina República del Ecuador se publican actualmente los siguientes periódicos:

En Quito, el *Diario Oficial*, diario.—*El Telegrama*, diario.—*El Municipio*, quincenal.—*La Revista Ecuatoriana*, mensual.—*La República del Sagrado Corazón de Jesús*, trimestral.—*Boletín de la Basílica*, mensual.—*Los Anales de la Universidad*, eventual.—En Guayaquil, *La Nación*, diario.—*El Globo*, diario.—*El Diario de Avisos*, diario.—*Los Andes*, bisemanal.—*El Obrero*, quincenal.—*El Censor*, diario.—*La Palabra*, semanal.—*La Gaceta Municipal*, quincenal.—En Manabí, *El Horizonte*, bisemanal.—*La Estrella de Manabí*, semanal.—*El Ferrocarril*, semanal.—En El Oro, *La Revista*, quincenal.—*La Prensa*, quincenal.—En Azuay, *La Gaceta Cuencana*, quincenal.—En Loja, *El Lábaro*, semanal.—En Riobamba, la *Revista Municipal*, eventual.—En Los Ríos, *El Impulso*, semanal.

—El señor Scott, Director de la Sección de manuscritos en el *British Museum*, ha tenido la fortuna de hallar un tratado inédito de Aristóteles acerca de la Constitución de Atenas, es decir, del fragmento más importante de esta serie de estudios prácticos á que se entregó el autor de *La Política* antes de comenzar su obra especulativa.

—Se ha publicado en Quito el libro de Actas del Congreso ecuatoriano de 1833, precedido, como los anteriores, de una introducción histórica escrita por el Doctor Francisco Ignacio Zalazar. Termina con una muy detallada biografía de D. Vicente Rocafuerte.

—La Sociedad conocida en Lima con el título de *El Círculo Literario*, verificó sesión solemne y concurrida la noche del 20 de Febrero último, y en ella recibió como miembros activos al señor General Silva Gandolphi, Ministro de Venezuela, y á su Secretario, señor Blanco Buroz, y á los señores Alejandro P. Echeverría y Joaquín Suárez Lacroix, nuestros compatriotas.

—Siguió para Europa, á establecerse en París, la escritora D.^a Soledad Acosta, viuda del doctor Samper. Fue en aquella capital en donde comenzó á escribir para el público dicha señora, enviando, desde el mes de Noviembre de 1858, para la *Biblioteca de Señoritas*, revistas parisienses, firmadas con el seudónimo de *Andina*, y que eran muy leídas en Bogotá.

Que vientos propicios impulsen la nave que lleva á nuestra colaboradora á las playas del viejo mundo.

—Hemos tenido el gusto de recibir la entrega XXV con que comienza el año tercero de la muy acreditada publicación mensual de Quito, *La Revista Ecuatoriana*. Entre los artículos que contiene este número llama la atención el dedicado á la memoria de D. Antonio de Trueba y de sus libros, por D. Roberto Espinosa.

—En el mes de Enero de este año se erigió, en el cementerio de Dolores, en México, un monumento á Manuel Acuña. La ceremonia estuvo concurridísima y solemne.

—El joven poeta español D. Rafal Avellán y Auta ha publicado en Madrid, con el título de *Núñez de Arce y sus obras*, una semblanza poética del autor de *Gritos del Combate*.

—Debe el Perú á la laboriosidad del señor D. Ricardo Aranda, compilador de anales diplomáticos y autor de otras obras útiles, la que acaba de salir de los talleres tipográficos del señor Carlos Prince, una *Colección de leyes, decretos, resoluciones y circulares que forman la legislación de minas del Perú desde 1786 hasta 1890*.

—El primer libro que se publicó en América fue un compendio de la doctrina cristiana, en los idiomas español y azteca, compilado por el Obispo de México, Fray Juan Zumárraga. El material de imprenta y los operarios los suministró Cromverger, de Sevilla, y Juan Pablos fue el primer cajista que atravesó el Atlántico.

—Para los aficionados á las novedades bibliográficas damos en seguida la lista de los libros nuevos publicados en España:

Las Creencias en Medicina Homeopática, por D. José Ricart y Gila.—*Nubes de Estío*, novela por D. José María Pereda.—*Los Gurriatos*, por D. Alfonso Pérez Nieva.—*Tratado de Trigonometría rectilínea y esférica*, por D. Angel Orriols Artigas.—*Culpa y*

Perdón, drama alegórico en cuatro actos, por el Padre Bautista Lemoyre, salesiano.—*El Problema Obrero*, por D. Agustín Bonastre y Rosell.—*Peral y su Barco*, por D. Gregorio Bárcena.—*Ensayo sobre la cría del cerdo*, por D. Antonio Ginebreda.—*La Sed de Oro*, novela por D. José Manuel Hidalgo, con prólogo de D. Juan Valera.—*La Antropología Criminal en Italia*, por D. Pedro Dorado Montero.—*La Tierra*, por D. Juan Benejar.

—En los círculos literarios de Francia ha llamado la atención la nueva obra de Sardou, titulada *Thermidor*, esperada há largo tiempo, como que hacía veintitrés años que su autor la tenía en cartera. Todos los periódicos publican el argumento, el cual resulta semejante al de la conocida y aplaudida *Marsellesa*, notándose en la nueva creación dramática mucho movimiento escénico, carretas y guillotina. El personaje Berillon de la obra de Sardou es un *sans-culotte* rabioso, un segundo sacristán de monjas; otro ciudadano *Nerón*.

Dicen que Sardou ha manifestado que su obra es una protesta de 1789 contra 1793, y que puede resumirse en estas dos frases: ¡Viva la República! ¡Abajo el terror! Sea como fuere, el Gobierno ha prohibido la repetición de la pieza.

—Los Marqueses de Cortina han tenido la desgracia de perder en Madrid, antes de cumplir diez y ocho años, su hijo Manuel Espinosa y Cortina, quien en tan corta edad revelaba ya felices disposiciones para la dramática. Los Marqueses, para honrar el nombre de su hijo, han entregado á la Real Academia Española un título de renta perpetua interior de 25,000 pesetas de capital, y cuyos intereses, de 1,000 pesetas anuales, servirán para otorgar cada cuatro años un premio de 4,000 pesetas á una obra dramática original, estrenada en la Península durante dicho período.

—*Cinco años en Panamá* es el título de un nuevo libro que trata del Canal y de las cosas del Istmo, escrito por el Doctor Nelson, antiguo miembro de la Junta de Sanidad de ese puerto, y ex-empleado de la Compañía del Canal.

—La imprenta de *La Luz* ha dado á la estampa un tomito de novelas cortas (329 páginas), que contiene las siguientes: *Carl Utter*, por Tuscunelli; *Una Carta Interceptada*, por E. L. Bynner; *La Venganza de Miss Rivers*, por Hugh Conway; *Mi Novia*, por L. Brethous-Lafargue; *La Prima Juana*; *La Cena de Sara Whim*, por Luis Alfonso; *Los dos Vecinos*, por E. Souvestre; *El Frasquito de Esencia*, por F. Burnett; *El Velo Negro*, por Carlos Dickens.

Es una colección de lecturas muy entretenida y adecuada para las familias.

—La distinguida dama cubana señora Marquesa de San Carlos de Pedroso ha publicado en París, y en francés, idioma que conoce muy bien, un libro de mérito: *Les Américains ches eux*. Sobre dicho libro se expresa así un periódico español:

“Trata en él un poco de todo: descripciones de Nueva York, Niágara, Chicago, Nueva Orleans y el país de los Mormones; estudios sobre la religión, la literatura, el arte y la sociedad norteamericana; observaciones sobre la significación de la mujer en aquella sociedad y sobre los problemas económicos y sociales; en suma, una obra completa, y que, como ha dicho Claude Janet en *Le Correspondant*, ‘es colección de finas observaciones, que enseña más acerca del fondo de la sociedad americana que muchos libros voluminosos.’”

—El Arcediano de la Catedral de Quito, doctor Federico González Suárez, ha dado á la estampa una *Historia General del Ecuador*, volumen en 4.º, con 318 páginas; obra que encomian mucho los periódicos de la vecina República.

—El Excelentísimo Señor D. Antonio Flórez se muestra muy dispuesto á apoyar la comisión científica que en breve saldrá de Francia para el Ecuador á revisar el arco terrestre y explorar el archipiélago de Galápagos.

—Las letras y las artes están de duelo en Venezuela por la muerte del inspirado y sentimental vate D. SIMÓN CALCAÑO, que falleció en Caracas el 9 del mes de Marzo pasado. Era el señor CALCAÑO hermano menor de los escritores y poetas D. José Antonio, D. Eduardo y D. Julio Calcaño, á los cuales presentamos la expresión sincera de nuestro pésame por la pérdida que han hecho.

—*Irene de Otranto* se llama una nueva ópera española estrenada en el Teatro Real de Madrid. La letra es de Echegaray y la música del maestro Serrano.

—El día 1.º del presente mes murió en esta ciudad el señor D. PEDRO A. HERRÁN, joven bogotano que se hizo notar desde 1876 por su amor á las letras, y en especial á las investigaciones históricas. Quedan de su pluma algunos artículos insertos en *La Regeneración*, de la cual fue corredactor; el *Papel Periódico Ilustrado*, *Las Noticias*, *El Obrero* y *El Orden*. El señor HERRÁN había nacido el 27 de Septiembre de 1855. Lamentamos su temprana muerte.

—Se ha estrenado en Madrid, con éxito verdaderamente extraordinario y ruidoso, una comedia de Echegaray titulada *Un Crítico Incipiente*. Los periódicos dicen que esta obra hará época en los anales de la literatura española.

VARIEDADES

DOS CLASES DE VENTANAS

Una amiga nuestra nos refirió la siguiente historieta, que creemos encierra una buena lección:

“Los vidrios sucios de las ventanas de la casa situada al lado opuesto de la estrecha calle donde vivía, me molestaban en extremo. Es extraño, pensaba yo, que esa gente viva contenta detrás de esas ventanas, cuando con un poco de agua y jabón podrían gozar de la gloriosa y vivificante luz del sol. Mi criada entró un día en el salón dispuesta á lavar las ventanas. Mientras la contemplaba armada de sus utensilios de lavar, me complacía yo en considerarme superior á la vecina de enfrente, á quien juzgaba abandonada. Me resolví á salir á dar un paseo dejando á Juana en posesión de la sala. Al volver una hora más tarde, miré desde la calle mis ventanas. ¡Cómo brillaban á la luz del poniente sol! Evidentemente Juana había llenado bien su cometido. Entré en mi casa y no pude evitar mirar otra vez las ventanas. ¡Cómo brillaban! Pero ¡oh maravillosa revelación! al mirar á la calle por los vidrios de mi ventana, ¡cómo brillaban también las de la casa de enfrente! Llamé á Juana y preguntéle si mientras estaba ella ocupada en limpiar las ventanas había hecho otro tanto la criada del otro lado de la calle.

“No, señora, contestó Juana con ingenuidad, nuestras ventanas eran las sucias.

“¿Era esto cierto? Sí. Cuando nuestras ventanas están limpias, las de los otros parecen también limpias. Si los vidrios en la ventana de enfrente parecen sucios, ¡apliquemos jabón y agua á los nuestros!”

Si esto es cierto de ventanas de vidrio, ¡cuánto no puede con verdad decirse de casas de vidrio!

Mientras más puras y nobles seáis, amabilísimas lectoras, más prontamente veréis lo que hay de noble y puro en vuestras vecinas.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL

Durante la larga minoridad del Emperador del Brasil, D. Pedro II, cuando el país estaba gobernado por una Regencia, estallaron en diferentes épocas varias revoluciones; pero la más importante de todas fue ciertamente la de Río Grande del Sur, que llegó á proclamar la república de Piratiny, aunque después de algunos años de tenaz y sangrienta lucha fue pacificada por fin y es hoy una de las más prósperas provincias del Brasil.

En la época de la referida revolución ocurrió un episodio digno de figurar en las leyendas mitológicas.

El caso es como sigue:

La provincia de Río Grande del Sur es casi toda formada de extensas llanuras, bellísimas campiñas cortadas por diversas y pintorescas *cuchillas* (colinas), promontorios y ondulaciones, como regadas sus planicies de ríos, arroyos y riachuelos, cuyas orillas son perfectos verjeles, y sus alturas pobladas de *estancias* (casas de campo), y lindísimos pueblos sentados sobre hermosos valles matizados por frondosos bambúes, elegantes árboles frutales y arbustos casi siempre en flor.

En una, pues, de esas risueñas planicies, llamada *Campoverde*, ancho, largo entre dos colinas paralelas, se efectuó un duelo á muerte entre dos generales comandantes en jefe, teniendo por testigos á dos ejércitos, uno republicano, extendido en línea de batalla sobre una *cuchilla*, y otro imperialista, sobre otra colina, aguardando ambos tan sólo la voz de —¡á la carga, muchachos!....

El general republicano, empero, de nombre Onofre, desprende repentinamente un pequeño piquete de caballería ligera con bandera blanca, y encarga á su comandante, con carácter parlamentario, que diga al general imperialista que su ejército de bravos riograndeses esperaba tan sólo la voz del clarín para bajar á la pelea; pero que él, pensando en la sangre que se iba á derramar de tanta gente que no sabía siquiera la verdadera importancia de la causa que defendía, proponía “que la batalla fuese dada simplemente entre los dos generales en jefe,”—un duelo á muerte—y que ambos ejércitos, conservándose firmes en sus respectivas posiciones con las armas en puño, servirían de testigos; y concluido el duelo, los dos ejércitos tocarían los himnos correspondientes, presentarían las armas el uno al otro, y el general victorioso marcharía con su ejército en retirada, dejando el campo libre al otro para que tributase las honras funerarias á su general vencido y muerto.

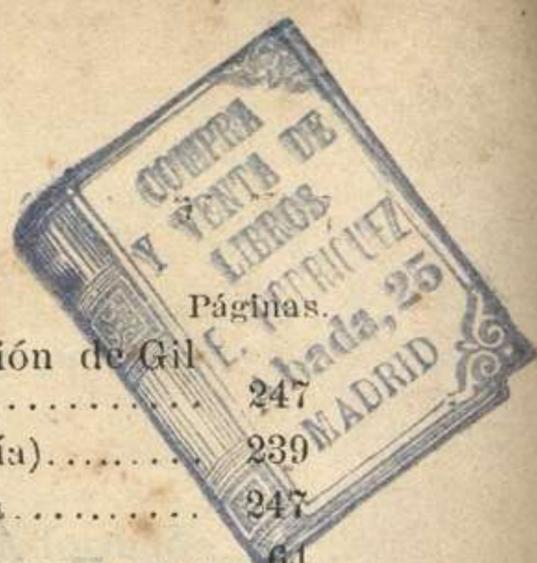
Aceptada la propuesta por el general imperialista, y dada la señal convenida, bajaron los dos generales, y en el medio de *Campoverde* se encontraron y cruzaron las armas en pelea á muerte.

El General imperialista fue el vencedor; y ambos ejércitos cumplieron estrictamente lo convenido.

INDICE DEL TOMO II

Autores.	Materias.	Pá ginas.
Alvarez, Enrique	D. Ricardo Carrasquilla.....	26
	{ Noticias literarias y artísticas.....	309
	{ Las Cubanas.....	361
Anónimos	{ Noticias literarias.....	378
	{ Dos clases de ventanas.....	383
	{ Un episodio de la guerra de independencia del Brasil... ..	383
Arciniegas, Ismael Enrique	La Ronda de noche (poesía)..	39
Cabello de Carbonera, Mercedes	{ Correspondencias literarias del Perú.....159 y	366
Caicedo Rojas, José	{ El Aislamiento (traducción de Lamartine).....	343
Calcaño, Julio	Epitalamio.....	356
Campoamor, Ramón de	Lo que humilla salva (poesía).	64
	{ Las Aves (traducción de Sully-Prudhomme).....	33
Caro, Miguel Antonio	{ Sonetos italianos (traducciones de Petrarca, Tasso, Zappi, y Carducci).....	235
Coppée, Francisco	El Luis de Oro.....	193
Cortés (señorita Rosa María)	{ Elena Darcy (novela, traducción).....	65
Daudet, Alfonso	{ Una corrida de toros en la gloria.....	129
Febres Cordero, Tulio	{ Los primeros Obispados de América.....	137
Frimousse	El Amor de un Simple.....	257
Gómez Restrepo, Antonio María	Ripios Académicos.....168 y	198
González Suárez, Federico	{ Un escritor colombiano del tiempo de la colonia.....	102
Ibáñez, Pedro María	La Imprenta en Bogotá..59 y	108
Jiménez de la Espada, M.	{ Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada.....144 y	214
	{ Bibliografía.....191 y	314
Laverde Amaya, Isidoro	{ D. Felipe Pérez.....	306
	{ Fallecimiento del Illmo. Sr. Velasco.....	373
L. A.	Crónicas literarias.....	357
Lemoyne, A.	{ Extractos curiosos.....185 y	242
	{ Bogotá Antigua.....	375
Lemly, Henry R.	El Divorcio en Roma.....	126
Martínez Silva, Carlos	El baile de las sombras.....	277

INDICE DEL TOMO II



Autores.	Materias.	Páginas.
Mayorga Rivas, Román.....	{ El Soneto (traducción de Gil der).....	247
Merchán, Rafael M.....	A Lamartine (poesía).....	239
Ortiz, Venancio.....	Anécdota Histórica.....	247
Palacio, Manuel del.....	{ El Mundo (poesía).....	64
	{ Chispas (poesía).....	378
Pizano, Marco A.....	Las Campanas.....	34
Pombo, Rafael.....	{ El 6 de Octubre (poesía).....	136
	{ <i>Bonheur carré</i> (poesía).....	237
Restrepo, José Manuel.....	{ Historia de la Nueva Granada.....	43, 251, 316 y 345
	{ Apuntaciones sobre los filones auríferos del Tolima.....	1
Restrepo, Vicente.....	{ Las minas de San Sebastián de La Plata.....	96
	{ Ni de más ni de menos.....	261
	{ Sonsón.....	116
Restrepo M., José María.....	{ Manizales (primeros exploradores).....	231
Restrepo T., Ernesto.....	{ Primeros habitantes de América.....	294
Restrepo, Carlos E.....	{ A un beso (traducción de Roberto Burns (poesía).....	103
Rivas, Medardo.....	Las visitas en Bogotá.....	41
Sanín Cano, Baldomero.....	Del estilo.....	10
Silva, José A.....	La Protesta de la Musa.....	133
Varigny, C. de.....	Elena Darcy (novela).....	65
	{ A Graciela (poesía).....	184
Villa, Eduardo.....	{ La última flor, en su corona fúnebre (poesía).....	288
Zuleta, Juan A.....	Lamartine.....	279 y 334

ERRATAS:

Página 52, línea 8.^a, dice: en la causa; léase: en la casa.

Página 102, segunda estrofa, tercer verso, dice: castas confesiones; léase: castas concesiones.

Página 320, línea 38, dice: Mackan; léase: Mackau.